

Bianca

Venganza amarga

Jacqueline Baird

Venganza amarga

De pronto estaba casada con un hombre que la deseaba, pero también la odiaba…

Una cazafortunas, eso era Charlotte Summerville e iba a recibir su merecido. El millonario Jake D'Amato estaba decidido a hacer pagar a aquella ambiciosa mujer. Y su plan era muy simple: se vengaría de ella… en la cama.

Quizá pareciera avariciosa, pero sus intenciones eran inocentes, tan inocentes como ella misma. Lo que compartía con Jake la volvía loca, pero la pasión tenía sus consecuencias…

Capítulo 1

PERDONA, Charlotte -sonrió Ted Smith, el propietario de la galería de arte londinense-, Pero acaba de llegar el posible comprador de La mujer que espera. Tengo que hablar con él y conseguir que firme el contrato.

-Sí, claro -Charlotte Summerville, Charlie para sus amigos e hija del artista cuya obra se estaba exponiendo en la galería, observó a Ted alejándose entre la multitud y dejó escapar un suspiro de alivio.

Sola por fin. El anciano calvo que le sonreía debía de ser el posible comprador, pensó, haciendo una mueca. No le apetecía nada estar allí. Mezclarse con la élite artística de Londres no era lo suyo y estaba deseando marcharse.

Y aquél sería buen momento, pensó, abriéndose paso entre la gente.

Jake D'Amato salió del despacho de Ted Smith después de comprar un cuadro que estaba decidido a conseguir desde que descubrió su existencia.

Había llegado a Londres unas horas antes para acudir a una reunión de negocios, pero cuando entró en el hotel y vio unos folletos anunciando una exposición de arte, el nombre de Robert Summerville llamó su atención.

Jake había abierto el folleto en el que se anunciaba la exposición del difunto artista aquella misma noche, una exposición de desnudos femeninos, y al ver el de su hermanastra, Anna, la furia hizo que lo viera todo rojo. Pero cuando llamó a su abogado, éste lo informó que un fideicomiso era el propietario de los derechos del artista y legalmente no podía hacer nada.

Frustrado, descubrió que no podía evitar que expusieran el cuadro, pero hizo una llamada a la galería para reservarlo.

Cuando llegó a la exposición había conseguido controlar su furia. Sabía que Summerville tenía una hija pequeña y seguramente los administradores del fideicomiso pensaban vender sus cuadros en beneficio de la joven. Pero se quedó sorprendido al descubrir que era precisamente ella la que había organizado la exposición. Y lo que más lo sorprendió fue que no era la niña mimada de la que Anna le había hablado, sino una mujer madura. Y una mujer de negocios. Había sido decisión suya vender los cuadros de su padre.

-¿Quién es la hija del artista? -le preguntó a Ted-. Me gustaría conocerla y darle el pésame por la muerte de su padre.

Y también le gustaría preguntarle qué pensaba hacer con la exorbitante cantidad de dinero que iba a heredar, si el precio del cuadro que acababa de comprar era una señal, pensó Jake.

Aunque no tenía que preguntar, el dinero era el motivo de aquella exposición, claramente. ¿Por qué si no iba a exponer los retratos de las amantes de su padre?

Él odiaba a Robert Summerville, aunque nunca tuvo el «placer» de conocerlo. Pero al menos Summerville había tenido la decencia de esconder esos cuadros. Su hija no.

Jake podría haber perdonado que una jovencita se dejara convencer por los administradores del fideicomiso. En su experiencia, la mayoría de los abogados venderían a su propia madre por el precio adecuado. Pero que una chica joven tuviera tan poco respeto por esas mujeres... y por una de ellas en particular, le resultaba repugnante.

No podía evitar que expusieran el retrato en la galería, pero estaba dispuesto a decir lo que pensaba de ella delante de todo el mundo.

Charlotte Summerville merecía quedar como la avariciosa que era.

Pero su rostro no mostraba esos sentimientos mientras Ted señalaba a la joven entre la gente.

-Ésa es Charlotte, la joven rubia del vestido negro... delante del retrato que acaba usted de comprar, por cierto. Venga, se la presentaré. En cuanto acabe la exposición descolgaremos el cuadro y lo enviaremos a su casa.

Distraída pensando en las peculiaridades del mundo artístico, Charlie no se había percatado del interés que había despertado en un comprador en particular.

En vida, su padre había sido un paisajista de modesto éxito. Sólo tras su muerte apareció la colección de desnudos y, de repente, Robert Summerville se hizo famoso... aunque corrían rumores de que había sido amante de todas esas mujeres.

Y seguramente era verdad. Porque, aunque ella quería mucho a su padre, Robert Summerville había sido un hombre egoísta y caprichoso. Alto, rubio y guapo, con suficiente encanto como para convencer a una monja para que dejara los hábitos, había vivido la vida de un artista bohemio hasta el final. Pero nunca quiso de verdad a ninguna mujer.

No, eso no era justo. La había querido a ella. Su madre murió cuando ella tenía once años y su padre insistió en que pasara las vacaciones con él, en su casa de Francia, todos los años. Y le había dejado todo lo que poseía.

Charlie conocía uno de los desnudos, pero había descubierto el resto mientras limpiaba el estudio de su padre con Ted. La había sorprendido un poco, pero no del todo porque durante su primera visita a Francia, tras la muerte de su madre, había conocido a Jess, su amante de entonces, una simpática pelirroja. Y descubrió que pintaba a sus amantes porque un día entró en el estudio y los encontró... desnudos. Cuando vio el retrato en el que estaba trabajando, su padre se había puesto hecho una furia.

A partir de entonces, siempre estaba solo cuando iba a pasar las vacaciones con él. Que un hombre tan bohemio como su padre se volviera tan protector resultaba irónico, pero Charlie se lo agradeció.

Cuando Ted vio los retratos, sugirió organizar una exposición y le aconsejó que fuera ella quien la presentara para darle un toque humano... y para aumentar el interés de la obra de un autor muerto repentinamente a los cuarenta y seis años.

Al principio, Charlie se negó. Ella no necesitaba el dinero. Tras la muerte de su abuelo se dedicó a dirigir el hotel familiar, que había sido su hogar toda la vida. Pero sabía de miles de personas que necesitaban ese dinero.

Por fin, habló con Jess y le ofreció el retrato para el que había posado. Jess aprobó la idea de la exposición y, sobre todo, que Charlie hubiera decidido entregar el dinero a obras benéficas. Eso fue lo que la decidió.

Al menos, algo bueno saldría de la muerte de su padre, pensó, con tristeza.

Cuando estaba a punto de salir de la sala, el último retrato llamó su atención. Era una mujer morena de pelo larguísimo, casi hasta la cintura. Pero era su rostro lo que le interesó. El artista, su padre, había capturado el amor, el deseo en los ojos oscuros de esa mujer... y era casi doloroso verlo.

«Pobrecilla», pensó, con una sonrisa cínica. ¿No sabía que Robert Summerville era un mujeriego? De los treinta retratos expuestos en la galería, diez eran desnudos femeninos.

Sacudiendo la cabeza, Charlie se alejó.

Jake D'Amato no dejaba de mirar a la mujer que Ted había señalado como la hija de Robert Summerville.

Debía de medir un metro setenta y cinco y llevaba un sencillo vestido negro de punto que destacaba sus pechos altos y su estrecha cintura. Tenía el pelo rubio ceniza, sujeto en un elegante moño.

Los ojos de Jake brillaron de admiración masculina. Apenas llevaba maquillaje y aun así era una mujer muy hermosa.

Evidentemente, había heredado el atractivo de su padre. Aunque tenía un aspecto más inocente...

¿Inocente? Su hermanastra había tenido razón. Charlotte Summerville nunca quiso conocer a Anna en vida y, tras su muerte, mostraba un completo desdén por la última amante de su padre. Estaba claro por la sonrisa cínica con la que miraba el retrato. Y en cuanto a la inocencia... una mujer con un cuerpo como el suyo no debía ni recordar el significado de esa palabra.

-Charlotte, cariño -la voz de Ted la detuvo cuando estaba a punto de escapar-. Quiero presentarte a alguien.

Charlie se volvió de mala gana, resignada a saludar a alguno de los compradores. Evidentemente, unos pechos desnudos eran la mejor manera de hacer que los amantes del arte se sacudieran el bolsillo.

-Te presento a Jake D'Amato. Es un gran admirador de la obra de tu padre y acaba de comprar un cuadro.

-Sí, claro -murmuró ella.

Aquel hombre debía de ser ciego. En su opinión, los paisajes eran mucho más interesantes que los desnudos... aparte del último, el de la mujer morena.

Pero cuando iba a estrechar su mano se quedó hipnotizada por los ojos oscuros del hombre. No era el anciano calvo que había visto antes... todo lo contrario.

Tenía la tez bronceada, la nariz recta, la mandíbula cuadrada y una boca firme y muy sensual. Alto, más de metro ochenta y cinco, de hombros anchos, poseía un aire de seguridad que eclipsaba a cualquier otro hombre. Con su pelo oscuro y su nariz romana, era claramente de ascendencia mediterránea. Y el hombre más atractivo que había visto nunca.

-Charlotte, encantado de conocerte. Lamento mucho la muerte de tu padre.

El hombre no soltaba su mano y la miraba con tal intensidad que Charlie tuvo que tragar saliva.

-Gracias, señor D'Amato -consiguió decir.

-Por favor, llámame Jake. Yo también he perdido recientemente a un familiar y sé lo que sientes.

Charlie esperaba que no fuera así porque el apretón estaba haciéndole sentir escalofríos.

-Sí, claro.

-Debe de ser un gran consuelo para ti que tu padre dejara una obra tan fenomenal.

-Sí, gracias -sonrió Charlie, intentando soltar su mano. Aunque, si era sincera, habría podido seguir así para siempre, tan fuerte era su

respuesta física ante Jake D'Amato.

-De nada -murmuró él, besando suavemente su mano-. Es un honor conocerte. Y ahora, por favor, quiero que me des tu opinión sobre el retrato que acabo de comprar. Precioso, ¿verdad?

Jake estaba decidido a hacerla mirar el retrato de Anna, una mujer a la que había insultado en vida, pero a la que explotaba tras su fallecimiento.

Charlie asintió. Por primera vez en su vida, experimentaba escalofríos ante la presencia de un hombre, una sensación nueva para ella.

Y sabía, por instinto, por un instinto que no creía poseer, que aquel hombre podría ser su destino.

Era extraño. Ella no era dada a fantasear, todo lo contrario, era una mujer con los pies en la tierra.

-Precioso, sí. Si te gustan los retratos de mujeres desnudas.

-Muéstrame a un hombre al que no le gusten. Aunque admito que prefiero a las mujeres de carne y hueso -bromeó él, mirando descaradamente sus pechos.

Era increíble. Jake D'Amato estaba coqueteando con ella. Y Charlie no sabía cómo responder. Se sentía como una adolescente, notando que sus pezones se endurecían bajo el encaje del sujetador.

Jake D'Amato sonrió. La atracción sexual era evidente en el brillo de los ojos azules, como lo era la silueta de los pezones bajo la tela del vestido. Y eso ejerció un efecto sorprendente en él. Hacía mucho tiempo que una mujer no lo excitaba de esa forma. Que fuera aquella mujer precisamente debería haberlo dejado helado, pero no era así, todo lo contrario.

Y no le gustaba. Tenía intención de avergonzarla en público. De revelar qué clase de egoísta era antes de marcharse. Pero, de repente, no quería hacerlo.

En lugar de eso, imaginó cómo sabrían sus labios, cómo serían sus pechos... y lo único que deseaba era tenerla desnuda en su cama.

Debía de estar volviéndose loco. La familia Summerville era responsable de la muerte de Anna Lasio y del dolor de sus padres adoptivos. Avergonzar a Charlotte no era nada comparado con lo que los Summerville le habían hecho a su familia. Y como Charlotte no era la cría que él había pensado, sino una mujer madura, se le ocurrió algo mucho mejor.

Estaba allí en viaje de negocios pero, por una vez en su vida, combinar los negocios con el placer le pareció buena idea. Sabía que era un buen amante y sería interesante seducir a la preciosa Charlotte hasta que ella misma le rogara que la llevase a la cama, como su padre

había hecho con su hermanastra...

-Ah, ya veo que te he avergonzado, Charlotte. ¿Crees que soy un viejo lascivo que se pasa el día mirando desnudos femeninos?

Ella se puso colorada. Y era encantador verla así. Se hacía la inocente a la perfección, aunque estaba seguro de que no lo era.

-Tranquila. Soy un hombre de negocios y cuando encuentro una buena inversión, firmo de inmediato. Este retrato es una inversión. Tú sabrás perfectamente que la obra de un artista muerto vale mucho más que la de un artista vivo.

-Sí -contestó Charlie, sorprendida por su brutalidad-. Claro que lo sé.

-Y te aseguro que éste es el único desnudo que me interesa. Creo que es el mejor y el último que pintó tu padre.

Charlie volvió a mirar el retrato de la mujer morena.

-Es preciosa, desde luego.

Entonces se percató de que él no la estaba escuchando. No, parecía transfigurado por el retrato...

Era lógico, al fin y al cabo había pagado una fuerte suma por él. Y si le interesaban las morenas exóticas como aquélla...

No se había equivocado sobre Jake D'Amato. Que era un hombre rico era evidente no sólo por lo que había pagado por el retrato sino por su seguridad, por la confianza en sí mismo, por el traje de diseño italiano, por los zapatos hechos a mano... Pero también era el tipo de hombre que se excitaba mirando desnudos femeninos.

No era su tipo, desde luego.

-Bueno, espero que disfrute de su compra, señor D'Amato. Encantada de conocerlo, pero tengo que irme.

Después, se dio la vuelta para perderse entre la gente.

Una vez en el guardarropa, se miró al espejo. Estaba colorada y le brillaban los ojos. No podía creer que un hombre tan parecido a su padre pudiera ejercer tal efecto en ella. Y eso le daba miedo. Había querido mucho a su padre, pero sólo una ingenua querría tener una relación con un mujeriego-como él.

La única razón de su existencia era que Robert Summerville había dejado a su madre embarazada a los diecinueve años y sus padres insistieron en que se casara. Seguramente fue la única vez en su vida que alguien pudo convencerlo de algo. Cuando terminó la carrera de Bellas Artes dos años después, dejó a su esposa y a su hija en casa de los abuelos en el distrito de los lagos y desapareció. Su madre no volvió a verlo en tres años... y entonces sólo para obtener el divorcio.

¿Estaría casado Jake D'Amato?, se preguntó. Seguro que sí. Aunque a ella no le interesaba nada. ¿Por qué iba a interesarle? Lo que

necesitaba era volver al apartamento que su amigo Dave le había prestado e irse a dormir, no pensar en aquel hombre.

Pero cuando salió de la galería no encontraba taxi.

-¡Maldita sea!

-¿Ésa es forma de hablar para una jovencita? -oyó una voz tras ella-. Debería darte vergüenza, Charlotte.

Charlie se volvió.

-Señor D'Amato...

-Jake -la corrigió él-. ¿Cuál es el problema, Carlotta?

Que dijera su nombre en italiano hizo que se le pusiera la piel de gallina.

-Me llamo Charlie y estoy esperando un taxi.

-Charlie no es nombre para una mujer tan guapa como tú. En cuanto al taxi, eso no es problema -sonrió él-. Mi coche está aquí. ¿Puedo llevarte a algún sitio?

-No, gracias...

-Me gustaría llevarte a cenar.

Cinco minutos después, Charlie estaba sentada en un Mercedes azul oscuro. Jake D'Amato la había convencido para que cenara con él en uno de los mejores restaurantes de Londres.

-¿Siempre te sales con la tuya?

-No, no siempre -contestó él, tomando su mano-. Pero cuando quiero algo de verdad, suelo tener éxito. Charlie tragó saliva, buscando una réplica más o menos sofisticada, pero no se le ocurrió nada.

Y él no tuvo que envolverla en sus brazos. No hizo falta. Jake D'Amato inclinó la cabeza para buscar sus labios y la convenció para abrirlos con la suave invasión de su lengua. La pasión de aquel beso provocó un incendio en su interior que era enteramente nuevo para ella. De repente, lo deseaba como no había deseado a nadie y, por instinto, levantó los brazos para enredarlos en su cuello.

-Dio mió! -exclamó Jake, apartándose-. Veo que eres toda una mujer.

Por un momento, Charlie creyó un brillo de rabia en sus ojos oscuros. Pero enseguida desapareció.

-He prometido que te llevaría a cenar, el resto debe esperar.

Charlie no dijo una palabra. No podía creer lo que acababa de pasar. Ella no era así... nunca le había ocurrido nada parecido.

¿Dónde estaba su sentido común? Nunca, ni en sueños, se había sentido tan excitada por un hombre. Y menos un hombre al que acababa de conocer.

Y Jake parecía tan cautivado como ella. Lo había sentido en los

salvajes latidos de su corazón, en

su reacción al interrumpir el beso…

De repente, la cena que había intentado rechazar le parecía muy emocionante.

Capítulo 2

JAKE la llevó a un exclusivo restaurante francés. Todas las mesas estaban ocupadas, pero el maître los llevó a una que parecía reservada especialmente para Jake, declarando que era un placer volver a verlo y encantado de conocer a su joven acompañante.

Charlie miró alrededor, sorprendida al reconocer a un par de políticos y a varios actores famosos.

-Debes de tener buenos contactos -dijo, con una sonrisa en los labios-. Leí un artículo sobre este restaurante en el suplemento del Times, pero es más bonito de lo que imaginaba. Y, por lo visto, hay que reservar con meses de antelación.

-Evidentemente, no es mi caso -dijo él, arrogante, mientras el camarero les ofrecía la carta.

Desconcertada por la respuesta, Charlie perdió la sonrisa. Se había equivocado. Era uno de esos hombres engreídos y dominantes, ricos y sofisticados a los que nadie se atrevía a decir que no. Y en cuanto a su trato con las mujeres... sólo tenía que recordar lo poco que le había costado convencerla para que fueran a cenar juntos.

Charlie tomó la carta, exasperada consigo misma. En lugar de aceptar sin protestas, debería mostrarle a Jake D'Amato que ella era una mujer de mundo como él.

-¿Qué quieres tomar? Yo voy a pedir salmón ahumado y un filete a la plancha. ¿Y tú, lo mismo?

-No -contestó Charlie, volviéndose hacia el camarero para preguntarle en un francés perfecto qué le recomendaba. El hombre sugirió el lenguado y la trucha especial del chef y, por fin, Charlie pidió una ensalada de temporada y lenguado a las finas hierbas. Para entonces, el camarero la miraba sin disimular admiración. No era fácil encontrar en Inglaterra a alguien que hablase un francés tan perfecto.

-Ah, ya veo que eres una mujer de muchos talentos -sonrió Jake.

-Tonta no soy -replicó ella, riendo.

-Has dejado al camarero babeando. Aunque lo comprendo perfectamente.

-No sé si es un cumplido, pero gracias.

-Un placer, te lo aseguro.

Charlie intentó disimular, pero se puso colorada. En cuanto a la cuestión sexual, con toda seguridad no jugaban en la misma liga. Y quizá no sabía dónde se estaba metiendo.

Jake apretó su mano entonces.

-Charlotte, no te pongas tan seria. Relájate y disfruta de la cena. Intentemos conocernos un poco mejor. Podemos ser amigos, ¿no crees?

¿Amigos? Charlie dudaba que pudiera ser amiga de un hombre como él.

-Amigos, sí. Bueno, dime, ¿cómo es que te llamas Jake? Evidentemente, eres italiano.

-Mi madre estuvo prometida con un ingeniero del ejército americano. Me puso su nombre porque murió en un accidente antes de que pudiera darme su apellido.

-Ah, ya veo. Supongo que para tu madre fue un golpe terrible.

Jake levantó una ceja, sorprendido.

-Qué raro. Cuando lo cuento, la mayoría de la gente reacciona cambiando de conversación o haciendo una broma del tipo «siempre supe que eras un bastardo».

-Yo nunca sería tan grosera.

-Evidentemente, tú eres una romántica. Y tienes razón, para mi madre fue un golpe terrible. Nunca volvió a mirar a otro hombre en toda su vida. Excepto a mí, claro. A mí me adoraba.

-No me sorprende -dijo Charlie.

De repente, el ambiente parecía mucho más relajado. Quizá no sería imposible que pudieran forjar una amistad. Aunque no sabía si era una romántica porque siempre se había considerado a sí misma una mujer muy realista. Pero eso fue antes de conocer a Jake D'Amato...

-Ah, un cumplido. Me siento halagado.

-En realidad, me refería a tu madre. Estando prometida con tu padre, supongo que su muerte fue muy dolorosa.

-En el caso de mi madre, sí. Pero he comprobado que la mayoría de las mujeres ven un compromiso como una forma de conseguir seguridad económica.

Esa actitud tan cínica la sorprendió.

-¿En tu experiencia? ¿Has estado prometido?

-Una vez, pero entonces tenía veintitrés años y era un ingenuo. Compré el anillo, le di dinero para los gastos de la boda...

-Y luego la dejaste, claro -lo interrumpió Charlie-. O te casaste con ella.

Jake negó con la cabeza.

-Ah, ya veo, tú me culpas a mí. Pero te equivocas. Mi prometida me dejó y se gastó el dinero en otra cosa. Así que no, no estoy casado ni pienso estarlo. No creo en la institución del matrimonio.

Charlie no podía imaginar qué clase de mujer dejaría a un hombre como Jake, pero ese engaño debió dé dolerle mucho.

-Lo siento.

-Yo no. Pero ya está bien de hablar de mí. Cuéntame cómo aprendiste a hablar francés... ¿hablas algún otro idioma?

-No, sólo francés -evidentemente, Jake no quería seguir hablando del tema. Seguramente, le dolía haber perdido a su prometida y eso lo hizo parecer un poco más humano-. Lo aprendí en el colegio. Además, desde los once años pasaba los veranos en Francia, con mi padre.

-Claro, tu padre. Debería haberlo imaginado.

Le pareció que sus ojos se ensombrecían. Quizá seguía pensando en su prometida...

Entonces llegó el camarero con una botella de champán francés y Charlie se olvidó del asunto.

-Por nosotros, por el principio de una buena amistad -brindó Jake.

-Por nosotros.

-Bueno, dime, ¿tienes más familia?

El camarero había llegado con el primer plato y los dos empezaron a comer con apetito.

-Mi madre murió cuando yo tenía once años, mi abuela cuando tenía diecisiete y mi abuelo tres años después. Mi padre era huérfano, de modo que no, no tengo a nadie.

-Con un padre como el tuyo, ¿cómo puedes estar tan segura? -preguntó Jake.

-Pues sí, estoy segura -contestó ella, sorprendida por tan cínica pregunta.

-Ya, claro, debería haber sabido que las conquistas de tu padre eran pura ficción... probablemente circulan para aumentar el valor de sus cuadros.

-No lo sé -murmuró Charlie.

Había algo en su tono que la molestaba. Además, no le gustaba hablar ni de su padre ni de dinero.

-No, ya me imagino.

Durante el resto de la cena, hablaron de cosas diversas, de arte, de cine, de política. Jake intentaba descubrir algo más sobre ella. Aunque no quería admitirlo, Charlotte Summerville empezaba a intrigarlo más que ninguna otra mujer.

Para Charlie, las horas pasaban como en una burbuja de felicidad. Jake era un gran conversador y, sin darse cuenta, le contó dónde vivía, que después de la muerte de su abuela había dejado la universidad para ayudar a su abuelo a llevar el hotel en el lago Windermere...

-Y has heredado el hotel, claro -dijo Jake.

-Sí.

-Qué suerte -sonrió él. Charlie estaba a punto de decirle que no era

una suerte perder a sus familiares, pero él siguió hablando-. Bueno, la verdad es que yo también tuve suerte.

Luego procedió a hablarle de su pasado. Tras la muerte de su madre, cuando él tenía ocho años, lo habían llevado a un orfanato, donde empezó a relacionarse con chicos poco recomendables. Pero, milagrosamente, había sido adoptado a los diez años por un hombre al que había intentado robar la cartera. Eso lo había salvado de una vida de delincuencia y fue el incentivo que necesitaba para estudiar y convertirse en ingeniero naval y propietario de su propia empresa, una multinacional. Sus padres adoptivos seguían vivos y los visitaba a menudo.

Charlie sonreía mientras escuchaba todo aquello. Parecía un hombre interesante... un hombre de naturaleza sensual, además. Mientras comían, la rozaba con la mano, brindaba con ella, sonreía de forma íntima.

Charlie estaba bebiendo demasiado champán, pero cualquier resistencia a su encanto italiano había desaparecido por completo.

-Me alegra saber que no eres una de esas mujeres que están siempre pendientes de su línea -sonrió Jake-. Y merece la pena admirar la tuya... es perfecta.

Charlie reconoció el brillo sugerente de sus ojos. No era completamente ingenua; había experimentado el deseo en otras ocasiones, pero nunca tan potente como en aquel momento. Instintivamente, se mojó los labios con la punta de la lengua y vio cómo los ojos oscuros del hombre se oscurecían aún más...

-Vamonos de aquí -dijo Jake con voz ronca, levantándose y tomándola del brazo.

-¿Por qué tanta prisa? -preguntó ella mientras la sacaba del restaurante.

-No te hagas la ingenua, Charlotte -contestó él, tomándola posesivamente por la cintura, algo que la excitó y la asustó al mismo tiempo-. Entra -dijo, cuando llegó el Mercedes.

Mientras se colocaba tras el volante, Jake se preguntó qué. demonios estaba haciendo. No sentía más que desprecio por aquella mujer y, sin embargo, la encontraba increíblemente deseable. Eso no tenía ningún sentido, pero en aquel momento todo su proceso cerebral parecía estar por debajo del cinturón. Y cuanto antes se metiera en la cama con ella, más rápidamente se resolvería el problema.

Sola durante unos segundos, Charlie empezó a preguntarse qué estaba haciendo. Pero unos segundos después, cuando Jake entró en el coche, lo supo.

Sin decir una palabra, él la abrazó, apretándola contra su pecho,

buscando sus labios con un ansia que la encendía por dentro.

De repente, deseando algo que nunca había deseado, Charlie enredó los dedos en su pelo. Todo su cuerpo tembló cuando él empezó a acariciar sus pechos por encima del vestido...

-Jake...

Había pasado mucho tiempo desde que una mujer lo excitó de tal forma. Duro como una piedra, la sintió temblar y deseó arrancarle el vestido y tomarla allí mismo. Pero aunque su sangre caliente lo urgía- a hacer eso, el sonido de una sirena de la policía hizo que recuperase el sentido común.

-¡Maldita sea! -exclamó, pasándose una mano por el pelo-. No me había besuqueado en un coche desde que era un crío y ahora... dos veces en un solo día.

-Yo no lo había hecho nunca -dijo Charlie.

Jake la miró, sorprendido por esa revelación. No podía ser verdad. Su padre había sido un famoso seductor... De diferente género, pero era evidente que ella había heredado su talento, como le confirmaba el dolor que sentía entre las piernas.

Con manos temblorosas, agarró el volante y puso el coche en marcha. Estaba furioso consigo mismo, pero más con aquella sirena de ojos azules que lo obligaba a actuar como un adolescente.

-¿Dónde te alojas? -preguntó.

-En casa de un amigo. Me ha prestado su apartamento -contestó Charlie, dándole la dirección.

-Buena zona -murmuró Jake, mientras cambiaba de marcha con cierta torpeza, algo poco usual en él.

De modo que había un hombre en su vida... un hombre rico, sin duda, si tenía un apartamento en esa zona de Londres. No lo sorprendía. Sólo confirmaba lo que ya sospechaba. De tal palo, tal astilla. Una mujer como Charlotte nunca estaría sola.

Esa idea no hizo nada para calmar su rabia.

-Pero quizá preferirías tomar una última copa en mi hotel antes de que te lleve a casa.

Su intención había sido ir más despacio, seducirla como su padre había seducido a Anna. Pero, de repente, su única intención era acostarse con ella lo antes posible y retenerla en su cama hasta que el recuerdo de ese otro hombre desapareciera por completo.

Charlie se puso pálida. Quería decir que sí y la sorprendía. Nunca había conocido a un hombre como Jake.

Ella había crecido en una familia de adultos que la dejaban correr libre por las montañas y bañarse en el lago. Sus aficiones eran la vela y escalar montañas. Era miembro del equipo de rescate local y del

Servicio Internacional de Rescate, de modo que viajaba por todo el mundo intentando ayudar después de una catástrofe. Con un buen gerente que llevaba los asuntos diarios del hotel, ella sencillamente podía dejar su trabajo cuando era necesaria en algún otro sitio.

Recientemente había vuelto de un viaje a Turquía, donde formó parte de las operaciones de rescate después de un terremoto.

Las dos semanas que iba a pasar en Londres habían sido sugerencia de Dave, el jefe del equipo. Según él, tras la reciente muerte de su padre, necesitaba unas vacaciones.

Charlie había viajado por todo el mundo, pero ahora tenía la oportunidad de conocer Londres, la capital de su país, algo que no había podido hacer antes.

En cuanto a los hombres, conocía a muchos en el ámbito profesional, pero todos la trataban como si fuera uno más, y eso le gustaba.

Pero cuando miró el perfil de Jake, supo que jamás podría verlo como a uno más. De hecho, estando con él tenía serios problema para pensar con claridad.

Poco después, Jake detuvo el coche y se volvió, con los ojos brillantes.

-Éste es mi hotel. ¿Te apetece tomar una copa?

Charlie sabía que lo que le estaba ofreciendo no era una copa y, de repente, tuvo miedo. Sabía que no podía hacerlo... aún no.

-Creo que he bebido suficiente por hoy -contestó-. Pero gracias de todas formas.

Él arrugó el ceño, como si lo molestara esa respuesta.

-Bueno, es tu decisión -murmuró, inclinándose para besarla en la frente antes de arrancar de nuevo-. Iré a buscarte mañana para comer. Luego ya veremos.

-Sería muy agradable que me lo preguntaras en lugar de dar órdenes -replicó ella, molesta-. Estoy aquí de vacaciones y mañana pensaba ir al Museo Británico.

Jake asintió, pensativo. El miedo que había visto en sus ojos azules lo tenía desconcertado. Charlotte podía ser una egoísta, pero quizá no era una mujer promiscua. También él era selectivo.

Prefería elegir a sus amantes cuidadosamente y sus aventuras eran siempre discretas, dado su perfil en el mundo de los negocios.

La única razón por la que en aquel momento no tenía una amante era precisamente el padre de Charlotte. Su muerte había creado una serie de circunstancias que lo retuvieron en Italia y lo obligaron a dejar a su amante, Melissa, una modelo de Nueva York que, por supuesto, de inmediato encontró otro hombre rico que le hiciera

compañía.

No lo había sorprendido en absoluto. Melissa

era ese tipo de mujer, pensó cínicamente mientras detenía el coche frente al edificio de apartamentos.

-Vamos, te acompaño -dijo, abriendo la puerta del coche-. Y antes de que discutas, mañana iremos al museo y luego a comer -añadió, tomando su mano para entrar en el portal.

De nuevo, se percató de que ella lo miraba con algo parecido al miedo. No debía tenerlo... por esa noche. No pensaba hacerle el amor en la cama que compartía con otro hombre.

Capítulo 3

JAKE D'Amato paseaba por la enorme suite del hotel como un león enjaulado. Estaba demasiado frustrado para dormir y todo por culpa de una rubia de ojos azules. Bueno, no todo. También era por culpa del retrato de Anna.

Había tenido que echar mano de todo su autocontrol para mirar el retrato. Anna era lo más parecido a una hermana que había tenido nunca y le pareció casi incestuoso mirar su desnudo.

En cuanto al título del cuadro La mujer que espera... qué adecuado, pensó, irónico. Anna había esperado durante dos años que Robert Summerville se casara con ella.

Tenía doce años cuando nació Anna y para sus padres adoptivos el nacimiento de la niña había sido un milagro. Jake adoraba a la recién nacida y cuidaba de ella como haría un hermano mayor hasta que se fue de casa, a los dieciocho años.

Debería haberla vigilado más, debería haber estado más atento. Pero después de la universidad se concentró por completo en su trabajo de ingeniero y levantando su propia empresa. No había tenido mucho tiempo para visitar a su familia, sólo en los cumpleaños y las navidades, pero entonces Anna parecía estar muy bien. Y como los Lasio jamás le hablaron de ningún problema, Jake no se preocupó.

Cuando Anna cumplió veintiún años, Jake, ya el presidente de la corporación D'Amato, hizo una fiesta a bordo de su yate. Anna parecía feliz, entusiasmada con su carrera como artista gráfica. Satisfecho, él siguió adelante con su vida, respetando el derecho de su hermanastra de hacer lo que quisiera con la suya.

Pero ya no podía ser.

¿Cómo pudo tener una aventura con un hombre mucho mayor que ella? ¿Cómo pudo posar desnuda para un hombre que podría haber sido su padre? ¿Cómo pudo conducir estando borracha y morir en aquel accidente? ¿Cómo pudo dejar que un hombre le hiciera eso?

No había respuesta para todas aquellas preguntas y desde la muerte de Anna llevaba sobre sus hombres una terrible carga de culpabilidad. Había vivido con ella desde que nació hasta que cumplió los seis años y sabía que debería haber hecho algo más para protegerla.

Sabía de su relación con Summerville porque Anna se lo contó durante un almuerzo en Niza dos años antes. En ese momento, seguía viviendo en un apartamento que él le había regalado y, aunque Jake nunca había oído hablar de Robert Summerville, no cuestionó su elección porque la veía feliz.

Pero ahora, recordando la visita de Anna a su casa de Génova

cinco meses antes, lamentaba amargamente no haber investigado al pintor.

En esa ocasión, Anna había llorado amargamente sobre su hombro. Le contó que había dejado su trabajo y llevaba un año viviendo con él, pero que Robert la había enviado a casa tres meses antes de morir por culpa de su hija.

Le había dicho que Charlotte Summerville era una niña mimada y posesiva que se negaba a conocerla. Él no quería darle un disgusto, de modo que Anna tuvo que marcharse, pero le aseguró que serían sólo unas semanas.

En otras palabras, según Anna la hija de Summerville era una niña egoísta, una niña mimada y consentida. Anna ni siquiera supo de la muerte de su amante a tiempo para acudir al funeral.

Su trágica muerte unas semanas después fue un terrible golpe para Jake. Y no lo ayudó nada que el responsable de su muerte también hubiera muerto. En cuanto a los padres de Anna, estaban destrozados.

Jake había estado tres meses con ellos, dejando a un lado su trabajo.

Aquél era su primer viaje desde la muerte de Anna y cuando vio el folleto en el vestíbulo del hotel se puso furioso. Pero al menos ahora sabía que el cuadro iba hacia Italia, donde pensaba destruirlo para que sus padres adoptivos no lo vieran jamás. Era lo mínimo que podía hacer por ellos.

Jake se consideraba un hombre moderno y sofisticado. Disfrutaba de las mujeres y siempre tenía alguna amante. Había tenido muchas aventuras y al menos dos de sus conquistas habían aparecido desnudas en alguna revista. Eso no lo molestaba en absoluto. Sin embargo, no le parecía extraña su reacción ante el desnudo de su hermanastra.

Y lo que vio al conocer a Charlotte era una forma de vengarse de la familia que tanto daño le había hecho a los Lasio… una venganza de la que pensaba disfrutar, además.

Jake entró en el baño para darse una ducha fría. La última, pensó, con una sonrisa en los labios.

Charlie se miró al espejo por última vez. Se había puesto unos pantalones grises, un jersey rosa de cachemir y un cinturón con una gran hebilla. Un bolso gris y mocasines de ante completaban el atuendo. Elegante pero informal, pensó, con una sonrisa.

Aunque no tenía mucho donde elegir porque sólo había llevado el vestido negro; el resto de su equipaje eran vaqueros y camisetas. Se apartó un mechón de pelo de la cara, preguntándose si debía hacerse un moño… «No», pensó, «estás muy guapa con el pelo suelto».

La noche anterior estuvo horas dando vueltas en la cama, pensando en Jake, recordando una y otra vez la conversación, los besos... y había tomado una decisión. Él había dicho que podían ser amigos, pero si quería algo más, estaba dispuesta.

Sólo había estado con él unas horas, pero la atraía como ningún otro hombre. No tenía experiencia en el amor, pero aquel intenso deseo físico por él, eso que sentía tenía que ser amor... o algo parecido.

En su trabajo con el Servicio Internacional de Rescate había presenciado muerte y destrucción a escala increíble. Y si eso le había enseñado algo, era que la vida era preciosa pero que uno podía perderla en un instante. Era una chica de veintiséis años... y virgen. Probablemente porque siempre se había comportado como un chico y los hombres con los que trabajaba la trataban como si fuera uno más.

No era inexperta del todo, había besado a algunos hombres... y le había gustado. Pero todo eso cambió al conocer a Jake.

Aquellas vacaciones, las primeras que tomaba en muchos años, debían ser supuestamente un cambio total en su estilo de vida. Podía hacer lo que le diera la gana y lo que quería hacer era estar con Jake. Sabía en su interior que Jake D'Amato podría ser su alma gemela.

En ese momento sonó el telefonillo. Era el conserje, para decir que el señor D'Amato estaba abajo y si debía hacerlo subir.

-No hace falta. Bajo enseguida.

Le temblaban las piernas mientras tomaba el ascensor. Cuando se abrieron las puertas, respiró profundamente para calmarse, pero se quedó helada al ver al magnifico espécimen masculino que la esperaba en el portal.

Con traje de chaqueta Jake era un hombre muy atractivo, pero aquel día estaba espectacular. Llevaba unos vaqueros negros que se pegaban a sus fuertes muslos, una camisa negra que dejaba al descubierto la fuerte columna de su cuello y una chaqueta de cuero que destacaba la anchura de sus hombros. Un pedazo de hombre, desde luego.

Diciéndole a su bobo corazón que latiera de forma normal, Charlie se preguntó si todos los italianos serían tan elegantes.

-Carlotta, por fin. Estás guapísima -la saludó Jake, tomándola por la cintura.

El suave roce de sus labios hizo que se le doblaran las rodillas.

Charlie creía que los besos en el coche habían sido excitantes. Pero ahora, apretada contra su cuerpo, se sintió aturdida por la fuerza de su evidente excitación y secretamente emocionada de poder hacerle eso.

-He prometido llevarte a comer -dijo Jake, respirando-

agitadamente.

-¿Qué? -murmuró ella, sin dejar de besarlo.

-Comer -repitió Jake, dando un paso atrás-. Antes de que el conserje empiece a murmurar.

-Ah, es verdad -asintió Charlie, poniéndose colorada.

-Una mujer que se ruboriza. Eso es nuevo -sonrió él, pasándole un brazo por los hombros.

-¿No has traído el coche?

-Querías ir de visita turística ¿no?

-Sí, pero...

-La mayoría de los turistas van caminando. Además, me apetece compartir contigo una botella de vino durante la comida. De modo que no puedo conducir.

-Ah, entonces no soy yo sino el vino lo que te interesa -bromeó Charlie.

-Si te contara lo que me interesa no me creerías -dijo él, irónico.

Jake mantuvo su palabra. Compartieron una botella de buen vino en el restaurante del Museo Británico y, después de tomar café y una copa de coñac, fueron a ver varias exposiciones.

Eran las siete cuando salieron de allí.

-¿Qué hacemos, Charlotte? ¿Vas a cenar conmigo o quieres volver a tu apartamento?

Charlie supo cuál era la respuesta, pero no dijo nada.

-Podemos despedirnos ahora -dijo él entonces, con un sorprendente ataque de conciencia. Había disfrutado de la compañía de Charlotte. Mucho. Y en otras circunstancias, habría hecho lo posible por llevarla a su cama.

Y ella lo deseaba también, estaba seguro. Pero parecía vacilar. Jake sabía que todas las mujeres buscaban una relación duradera y Charlotte Sum-merville no era diferente.

-Lo que tú digas, tú decides. Pienso estar en Londres un par de semanas y después de haberlo pasado tan bien hoy... me encantaría seguir haciendo turismo contigo.

Lo único que le interesaría en realidad era explorar cada curva de su cuerpo hasta que estuviera saciado del todo. Pero no estaba tan loco como para decirlo en voz alta.

Aunque si no la tenía de inmediato podría volverse loco y eso realmente lo preocupaba.

De madrugada, Charlie había decidido que quería mantener una relación con Jake D'Amato. Y supo que era el momento de la verdad.

Le había dicho la noche anterior que no pensaba casarse nunca, de

modo que o aceptaba lo que le ofrecía, una aventura de un par de semanas, o se marchaba. Entonces se dio cuenta de que no tenía elección. No podía negar que aquel hombre la excitaba, algo que para ella era una sorpresa, y el instinto le decía que eso sólo iba a pasar con Jake.

-Yo creo que ya hemos caminado más que suficiente por un día, ¿no?

-Yo también -dijo él, tomando su mano para llevarla hacia el hotel.

Charlie no podía creer lo que estaba haciendo mientras subían al ascensor. Pero los sentimientos eran tan intensos que no podía negárselos a sí misma, por mucho que lo intentara.

Jake era tan atractivo, tan increíblemente masculino que solo con mirarlo su corazón enloquecía. Y no era sólo su aspecto físico, no. Había visto hombres con facciones más clásicas, más hermosas. Era algo más, una intensa conexión que no podía creer que fuera real. Pero cada átomo de su cuerpo le decía que lo era.

-Ya hemos llegado -dijo Jake cuando las puertas se abrieron. Sacó la tarjeta y, un segundo después, estaban en la suite. Pero contuvo el deseo de tomarla en sus brazos y llevarla al dormitorio-. ¿Que quieres tomar?

Era preciosa, pensó entonces. Y aquel jersey rosa le estaba causando una agonía.

Charlie miró alrededor. La suite era tan lujosa como había esperado, pero el comportamiento de Jake no. Había pensado que la tomaría entre sus brazos en cuanto entrasen en la habitación para hacerle al amor apasionadamente. Qué ingenua era. Jake era un hombre de mundo. Él no se comportaría de ese modo.

Pero, de nuevo, se había equivocado.

-Pues... -iba a pedir un zumo de naranja, pero no tuvo oportunidad.

-Déjalo -dijo él entonces.

En dos zancadas apareció a su lado y la aplastó contra su pecho. Cuando su experta boca capturó la suya, Charlie dejó escapar un gemido y él aprovechó para meter la lengua, con un efecto devastador.

Charlie no sabía qué estaba pasando. Antes sus besos la habían excitado, pero terminaron abruptamente, dejándola insatisfecha. Aquella vez Jake no mostró contención alguna. Jugaba con su lengua, explorando el interior de su boca, encendiendo su pasión. La apretaba contra su cuerpo diciéndole sin palabras lo que quería. Sin pensar, por instinto, Charlie empezó a jugar con los botones de su camisa.

Jake sonrió.

-Adelante. Quítamela -dijo con voz ronca.

Charlie se puso colorada. Él parecía pensar que tenía experiencia suficiente como para desnudarlo sin ningún problema. ¿Se atrevería? Sí... eso era lo que deseaba.

-No te detengas, cara -murmuró Jake, deslizando las manos por su espalda-. O quizá prefieres que te desnude yo antes -dijo entonces, besándola en el cuello, haciéndola temblar de deseo-. Paciencia, cara. Primero, tengo que quitarme el maldito cintu-rón -rió, tirando la prenda al suelo-. Y ahora dime lo que quieres. Promete hacer todo lo que me pidas.

Lo que ella quería era a Jake... y poder desabrochar la camisa de una vez. Una vez hecho, se detuvo, mirando aquel torso bronceado, los rizos oscuros que acentuaban sus poderosos pectorales. Charlie lo acarició con las manos abiertas...

-Eres bellísimo -murmuró.

-Creo que eso debería decirlo yo -sonrió Jake, pero sus ojos brillaban de satisfacción masculina.

Entonces inclinó la cabeza y la apretó contra sí, besándola con inflamada pasión. Cuando se separaron Charlie estaba sin aliento y apenas podía tenerse en pie.

Pero no le hacía falta.

Capítulo 4

ESTE NO es el sitio adecuado -dijo Jake, tomándola en brazos-. Y llevamos demasiada ropa encima -añadió, entrando en el dormitorio. La dejó de pie, al lado de la cama, mirándola intensamente a los ojos.

La vista parcial de su torso no la había preparado para lo que llegó después. Como hipnotizada, vio que se quitaba la camisa, vio aquella espalda ancha, aquellos bíceps, aquellas manos... con las que se estaba bajando el pantalón.

-¿Pasa algo, Carlotta?

-No, no. Nada en absoluto -contestó ella, intentando parecer sofisticada, aunque le temblaba un poco la voz.

-Pero tú sigues teniendo la ropa puesta, cara. Deja que te ayude -murmuró Jake, tirando del jersey.

Hipnotizada por la intensidad de su mirada, Charlie levantó los brazos y lo dejó hacer. El jersey cayó al suelo y enseguida, el sujetador siguió el mismo camino.

-Magnífica -dijo él, acariciando sus pechos con las dos manos.

Charlie contuvo el aliento. Sus pechos le parecían de repente más pesados, más firmes, los pezones duros. Nunca había imaginado que podría estar desnuda delante de un hombre con toda tranquilidad.

-No tienes por qué ponerte colorada. Tienes unos pechos perfectos y estoy deseando ver el resto de tu cuerpo.

-Yo también -dijo ella.

Jake se apartó para quitarse pantalones y calzoncillos con total tranquilidad. Era todo músculo, con una piel firme, morena, desde el estómago plano hasta los muslos. La parte superior era más blanca... Ah, de modo que no se bañaba desnudo, pensó.

Con los ojos muy abiertos, por primera vez en su vida estaba frente a un hombre desnudo y erecto y no podía apartar la mirada.

-Vamos, ¿qué haces? -sonrió él.

-Es que...

-Deja que te ayude -dijo Jake entonces, tumbándola en la cama para quitarle los pantalones-. Increíble -murmuró, admirando su piel blanca, los pezones rosados.

Por un segundo, Charlie se sintió avergonzada y levantó las manos para taparse.

-No, no -protestó él, apartando sus manos, que colocó a ambos lados de su cara. Tenía un cuerpo voluptuoso, con unos pechos firmes, una cintura estrecha y unas piernas fabulosas-. Eres absolutamente preciosa. Y muy, muy sexy.

Jake se inclinó para besarla. Sentir su cuerpo desnudo, su lengua jugando con la suya... Charlie perdió toda inhibición.

-Quiero tocarte -murmuró, intentando mover las manos.

-Muy bien. Yo pienso tocarte a ti por todas partes -rió él.

Luego empezó a besarla en el cuello, en la garganta, en los pezones...

Charlie arqueó la espalda, gimiendo de placer mientras Jake pasaba la mano por su cintura, sus caderas, sus muslos, las rodillas, hasta la planta de sus pies, sin dejar de besarla como no la había besado otro hombre. Y ella recibía esa pasión con total abandono.

Lo envolvió en sus brazos, acariciando sus hombros, trazando su espina dorsal con los dedos. Se apretaba contra él y, con un erotismo que no creía poseer, frotaba sus pechos contra el torso masculino, disfrutando de la fricción que eso producía.

Era como si otra mujer estuviera en aquella cama, una mujer sexy, liberada, que no tenía nada que esconder. Cuando él metió la mano entre sus muslos, tembló de deliciosa anticipación. Estaba húmeda y caliente, preparada, y separó las piernas instintivamente, inclinando la cabeza para buscar un masculino pezón con la boca mientras deslizaba una mano por sus caderas, buscando otra cosa...

Jake enredó la mano en su pelo, instándola a que levantara la cabeza.

-No tan rápido, cara -rió suavemente-. Quiero que esto dure, que disfrutemos los dos.

Con los ojos llenos de pasión, Charlie miró aquellos otros, casi negros, el pelo despeinado, la pecadora sonrisa... Fue esa sonrisa lo que la envalentonó. Y cuando empezó a acariciar el aterciopelado miembro, lo oyó lanzar un gemido.

-¿Por qué esperar? Podemos hacerlo otra vez.

Jake no estaba hecho de piedra, aunque en aquel momento lo pareciera. Riendo, tomó su mano y la llevó a su pecho, aunque le costó trabajo. Era una seductora, pero tenía razón. Una vez no sería suficiente con aquella mujer, pensó mientras tomaba su boca.

Charlie se mordió los labios cuando él metió la mano entre los rizos dorados para acariciar hábilmente el capullo escondido entre ellos. Y levantó las caderas dejando que la tocase hasta que no pudo aguantar más. Estaba ardiendo, a punto de estallar.-

Jake levantó la cabeza, con los ojos oscurecidos de pasión.

-Me deseas.

-Estoy loca por ti -murmuró Charlie.

Él se incorporó un poco para buscar algo en la mesilla y después metió las manos por debajo de sus caderas para levantarla. Charlie notó su miembro rozándola una, dos veces. Y dejó escapar un suspiro cuando él la penetró.

Jake se detuvo cuando un gemido de dolor escapó de sus labios. Él era un hombre grande, lo sabía, y ella era tan estrecha que, seguramente, había pasado algún tiempo desde la última vez que hizo el amor. Se apartó un poco y luego volvió a entrar, más despacio, hasta el fondo.

El dolor había pillado a Charlie por sorpresa, pero fue olvidado de inmediato.

-OH, sí, Jake, sí, sí -murmuró. Sus embestidas hacían que se convulsionara de placer. Un placer que destrozaba todas sus inocentes ilusiones, que la dejaba temblando.

Así que era eso... Pero no pudo seguir pensando porque Jake empezó a empujar con fuerza, con un ritmo violento y primitivo que le hizo perder la cabeza.

Se abrazó a él, sin darse cuenta de que estaba clavando las uñas en su espalda. Sentía como si estuviera fuera de sí misma, en un sitio donde nada existía más que aquel cuerpo duro y grande poseyéndola. Y no se percató siquiera de que le pedía más y más. Sintió que Jake temblaba violentamente y gritó su nombre cuando un espasmo recorrió su cuerpo.

Lentamente, Charlie abrió los ojos. Jake había caído sobre ella, con los ojos cerrados. Pero incluso así, sonreía. De modo que eso era, la pequeña muerte de la que había leído tanto. Pero era más, mucho más de lo que podría haber imaginado.

Sus cuerpos empapados de sudor, sus corazones latiendo a mil por hora y una sensación de paz que la envolvía como una manta. Jake era el hombre de su vida, pensaba.

-Grazie, Charlotte. Ha sido fantástico. Yo tenía razón, eres toda una mujer.

Y luego se levantó de la cama.

-No te vayas -murmuró Charlie.

-No te preocupes, no voy muy lejos -dijo Jake, de pie, desnudo frente a ella-. Sólo voy al baño para quitarme esto... a menos que quieras quitármelo tú.

Tumbada en la cama, totalmente desnuda, ella levantó la mirada para observar el flequillo oscuro, los ojos brillantes y la perversa boca masculina. Era guapísimo y era suyo. Entonces miró hacia abajo y se percató de que llevaba puesto un preservativo.

-No, mejor no.

Se había puesto un preservativo sin que se diera cuenta.-Afortunadamente, porque ella no se había acordado, pensó, poniéndose colorada.

Jake soltó una carcajada.

-Eres increíble... eres toda una mujer en la cama y, sin embargo, te pones colorada como una cría. Ya me dirás cuál es el truco.

¿Truco?

Charlie no sabía si sentirse halagada porque la veía como una mujer sexy o insultada porque pensaba que su rubor era un truco. Si él supiera... Ponerse colorada había sido siempre un problema para ella. Y con una piel tan clara, resultaba imposible disimular.

Quizá ahora que era «toda una mujer» dejaría de ruborizarse...

Entonces se le ocurrió algo: ¿Jake no se había dado cuenta de que era su primera vez?

Aunque no importaba, claro. En realidad, la halagaba que pensara que era una mujer con experiencia. Tenía la impresión de que, de haber sabido la verdad, Jake no la habría tocado. Entonces se preguntó qué edad tendría. Treinta y cinco, seguramente. Y un cuerpazo. Un cuerpo que ella ahora conocía íntimamente.

Charlie sonrió. Al menos ahora era una mujer de verdad, pensó, eufórica. Al fin.

-¡Sí, sí, sí! -gritó, levantando el puño.

Jake volvió del baño, con un albornoz a medio abrochar, y se detuvo en medio de la habitación.

Con el pelo rubio cayendo en cascada por su espalda, rubio natural ahora lo sabía, y su precioso rostro sin gota de maquillaje, Charlie estaba levantando los puños al aire como si acabara de meter un gol.

Era la mujer más sexy que había conocido nunca, pero en aquel momento parecía una cría de quince años.

-¿Eso es por mí? -preguntó. Y luego soltó una carcajada cuando Charlie se escondió entre las sábanas.

-No, sí... quizá -murmuró, cortada. La había pillado haciendo el tonto cuando ella quería parecer una mujer sofisticada.

-Aclárate, cariño. Tengo hambre.

No era comida lo que tenía en mente. Con su precioso pelo extendido sobre la almohada y ruborizada hasta la raíz del pelo, Jake sintió un absurdo deseo de protegerla... y, como le recordó la inmediata tensión en su entrepierna, de todas las formas posibles.

Esa idea lo turbó. Su intención inicial había sido acostarse con Charlotte y luego olvidarse de ella. Pero no había salido así. Con su cuerpo exquisito temblando debajo de él, tan estrecha, tan húmeda, había sido imposible contenerse.

Cautivo de su propio deseo, la había tomado con una pasión que no pudo controlar. Y cuando dijo su nombre se había ido con ella... algo que raramente le pasaba. Él solía controlarse mejor.

Pero estaba deseando volver a meterse en la cama y empezar de nuevo.

Ahora entendía por qué Anna había estado tan enamorado de Robert Summerville. Si aquel hombre era tan sensual como su hija, era de entender que Anna se hubiera vuelto adicta.

Recordar a Anna y cómo Charlotte la había herido negándose a conocerla hizo que Jake se lo pensara dos veces.

La Charlotte con la que había pasado el día, con la que acababa de hacer el amor, no parecía una niña egoísta y mimada, pero la experiencia le había enseñado que las mujeres eran muy capaces de disimular.

-Voy a pedir la cena. Reúnete conmigo cuando estés lista -dijo entonces, saliendo de la habitación abruptamente.

Charlie se quedó mirándolo, atónita. Se había portado como una cría, sí, pero no entendía por qué lo había molestado tanto.

Pero la noche era joven, pensó. Y Jake era su amante. Una ducha, la cena y Jake otra vez... sonaba bien. Charlie se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño.

Era un baño espléndido, con el suelo de mármol blanco y las paredes de espejo. Incluso había una ducha de hidromasaje... ¡y jabones de aromaterapia! Estupendo. Mimarse era justo lo que necesitaba, se dijo a sí misma.

De modo que aquello era el amor, pensó, suspirando. Mientras se enjabonaba, recordaba las caricias de Jake... y la increíble fuerza de su pasión.

Jake le dio una propina al botones y volvió a entrar en el dormitorio, pero la cama estaba vacía. Charlotte se había ido.

Entonces oyó el ruido del agua... No, estaba en la ducha.

En silencio, entró en el baño y la vio, reflejada en los múltiples espejos. Tenía la cabeza echada hacia atrás, el pelo cayendo por su espalda, enjabonándose todo el cuerpo. Nunca había visto nada más erótico en toda su vida. Pero fue el gesto de placer en su rostro lo que lo más lo excitó.

-Deja que lo haga yo.

Charlie abrió los ojos, sorprendida.

-¿Que haces? -exclamó.

Jake estaba desnudo, el agua aplastando su pelo negro, los ojos brillantes con una promesa sensual.

-Lo mismo que tú, Charlotte -contestó él, pasando el jabón sobre sus pechos-. Lavándote-. ¿Te gusta?

-Sí -suspiró ella. Su cuerpo estaba ardiendo y no tenía nada que ver con el agua-. No pares.

Riendo, Jake inclinó la cabeza para buscar sus labios.

-No pienso hacerlo -contestó, soltando el jabón para tomarla en brazos.

-Me voy a caer -protestó Charlie.

Pero no se cayó porque Jake la sujetó por la cintura y, con un rápido movimiento, se perdió dentro de ella. Con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, Charlie disfrutó de aquella perversión casi más que antes.

Jake gemía roncamente, apasionado, empujando una y otra vez y gritando su nombre cuando se corrió con vergonzosa rapidez. Ella temblaba convulsivamente a su alrededor, exprimiéndolo hasta la última gota.

Luego la dejó en el suelo. Charlie lo miraba, sus preciosos ojos azules dilatados de sorpresa.

-No debería haber hecho eso -murmuró Jake.

-En la ducha -dijo Charlie-. No sabía que se pudiera hacer.

-Aparentemente, contigo puedo hacerlo en cualquier sitio.

Jake se percató entonces de que no era tan experimentada como había creído. Y recordó el gemido de dolor la primera vez...

Por un segundo, tuvo la horrible impresión de haber cometido un error. Pero sus increíbles ojos azules brillaban apasionados y tenía el cuerpo más sexy que hubiera visto nunca... No, era imposible.

-En realidad, había venido a decirte que ha llegado la cena, pero me he distraído.

-Y yo también -rió ella-. Voy a vestirme.

El hecho de que Jake se hubiera visto abrumado de pasión por ella la hacía sentir orgullosa y segura de sí misma. Pero su confianza cayó en picado unos segundos después, cuando entró en el salón y vio a Jake con una camisa blanca y pantalones oscuros.

Estaba sentado en uno de los sofás, con la bandeja de la cena delante de él, y ni siquiera levantó la cabeza al oírla entrar.

-Seguramente esto se ha quedado frío -murmuró, cuando Charlie se sentó frente a él-. Si no te importa esperar, puedo pedir otra cosa antes de que te marches.

Marcharse.

A Charlie se le encogió el corazón. Pero se dijo a sí misma que debía actuar como una mujer adulta. Además, era lo mejor. Si se quedaba a pasar la noche, todo el mundo sabría lo que había hecho. No, Jake se estaba portando como un caballero.

Pero entonces miró sus ojos y comprobó que en ellos no había ni

ternura ni afecto, nada de la pasión que había mostrado unos minutos antes, sólo una fría reserva.

-Esto está bien -murmuró, cortada-, Pero la verdad es que no tengo hambre.

-Debes comer algo -insistió él, levantando la tapa de una bandeja en la que había carne con verduras-. Espero que te guste.

Charlie estaba segura de que iba a atragantarse. Pero se obligó a sí misma a comer, buscando razones para aquel cambio de actitud.

Quizá estaba más tranquilo después de hacer el amor, se dijo a sí misma sin mucha convicción. Además, la noche anterior, mientras cenaban, también había visto esa frialdad en sus ojos, esa expresión remota.

-Estás muy callado.

-Estoy comiendo -dijo él, con una sonrisa irónica.

A Charlie la comida le sabía a cartón. Y no podía saber a cartón porque estaban en uno de los mejores hoteles de Londres. Debía de ser culpa suya que Jake estuviera tan callado, pensó. Pero ¿qué había hecho mal?

Quizá estaba decepcionado por su poca experiencia. Había leído en alguna parte que a los hombres les gustaban las amantes experimentadas y Jake no era ningún crío. Debía de haberse acostado con cientos de mujeres.

-¿Cuántos años tienes? -le preguntó.

-Treinta y ocho. Probablemente, casi podría ser tu padre -contestó, con un tono desdeñoso que a Charlie no le pasó desapercibido.

De repente, entendió lo que pasaba. Jake, el sofisticado y poderoso Jake D'Amato, se sentía inseguro por estar con una mujer mucho más joven que él. Impulsivamente, Charlie se sentó a su lado en el sofá, apoyando una mano en su pierna.

-No a menos que me hubieras tenido a los doce años. Tengo veintiséis, así que ya no soy una niña.

Jake la miró a los ojos.

-¿Te parece bien que un hombre de mi edad tenga una amante tan joven?

-Si la q... -iba a decir «si la quiere», pero se detuvo a tiempo-. Si le gusta de verdad y el sentimiento es mutuo, claro que me parece bien. ¿Por qué no?

-¿De verdad lo crees?

-Por supuesto.

-Probablemente porque tuviste que soportar que tu padre tuviera amantes mucho más jóvenes que él. ¿Has pensado alguna vez que a otras personas eso podría parecerles mal?

-Pues no, no lo he pensado. Y en cuanto a mi padre... él vivía su propia vida y yo nunca tuve que soportar a sus amantes. Sólo conocí a una de ellas. Pero no estábamos hablando de él, sino de ti.

Le parecía increíble que un hombre como Jake pudiera sentirse avergonzado de su edad, pero eso la enternecía.

-¿Ah, sí? -murmuró Jake, sarcástico.

Charlotte acababa de confirmar lo que Anna le había contado. «No había tenido que soportar a ninguna de sus amantes». De modo que era la egoísta niña mimada que su hermanastra había descrito. Pero cuando miró sus ojos de color zafiro, nada de eso le pareció importante.

-Si tú lo dices...

-¿Por qué has mencionado la diferencia de edad? -preguntó Charlie.

Jake le pasó un brazo por los hombros.

-Por nada, Charlotte, por nada. Tienes razón, ¿qué son doce años?

Cuando miró sus ojos oscuros, Charlie tuvo la impresión de que no estaba diciendo la verdad. Pero entonces Jake buscó sus labios con la misma intensidad de antes y se olvidó de todo.

-Si no nos vamos de aquí ahora mismo, me temo que vamos a hacerlo en el sofá -dijo él con voz ronca.

Capítulo 5

LA IMAGEN que Jake había conjurado era tan explícitamente erótica que el pulso de Charlie se aceleró.

-Es hora de que te vayas a casa.

Cegado por el deseo, la había tomado en la ducha sin pensar en las consecuencias y, mirando aquellos ojos azules, estaba a punto de volver a hacerlo.

Una vocecita le dijo que debía controlarse.

-Voy a llamar a un taxi. Es que... tengo que trabajar mañana.

Charlie se dejó caer sobre el respaldo del sofá. Un segundo antes la miraba como si fuera a comérsela y ahora... ¿Había dicho algo, hecho algo?

-Pero si mañana es domingo -protestó.

-¿Y?

Entonces se percató de que quizá debería haberse marchado antes. Que quizá debería haber sido ella quien le dijera adiós.

-Voy a buscar mi bolso a la habitación. No te preocupes, me iré enseguida y te dejaré en paz.

Cuando iba a pasar a su lado, Jake la sujetó del brazo.

-La paz no es algo que asocie contigo, cara -murmuró.

Desearla era una debilidad. Tenía muchas razones para odiarla,

pero lo excitaba como ninguna otra mujer y la había deseado desde el primer momento. Seguía deseándola como un loco y sólo un tonto rechazaría lo que le estaba ofreciendo. El no era un tonto, aunque había actuado como si lo fuera, debatiéndose entre el deseo y el sentido común. Y el deseo volvió a ganar.

-Ejerces el efecto contrario en mí y me gusta.

-¿De verdad? -preguntó Charlie, insegura.

Aquel hombre la confundía. No entendía por qué primero se mostraba ardiente y, de repente, frío. Porque le hacía el amor y luego apenas la miraba. Quizá no entendía a los hombres.

-Si necesitas que te lo confirme después de lo que ha pasado debe de ser porque no lo he hecho bien -rió Jake, buscando sus labios de nuevo-. Esto es .una locura. Pero eres como fuego en mi sangre y no puedo resistirme.

Charlie debería haberse sentido halagada, pero había algo que se parecía sospechosamente al resentimiento en su oscura mirada, algo que hacía que sonara una campanita de aviso en su cabeza.

Era un hombre muy viril, muy atractivo y con mucha experiencia y, sin embargo, había dicho que estar con ella era una locura. Quizá lo era. Charlie estaba loca por él, pero ¿qué sabía de Jake D'Amato? Además de haber comprado un cuadro de su padre y ser un fantástico amante, apenas sabía nada más.

-Tengo que irme. Es tarde -murmuró, apartándose.

Después de admitir que aquello era una locura, no una confesión que estuviera acostumbrado a hacer, Jake estaba desconcertado. Durante toda su vida había sido él quien tomaba las decisiones con las mujeres, pero le parecía una experiencia saludable que Charlotte hiciera lo mismo.

-Sí, tienes razón, es más de la una -asintió, mirando el reloj-. No tiene sentido pedir un taxi, te llevaré a casa.

Charlie pensó que lo había ofendido, de modo que el alivio fue inmenso cuando, al llegar al portal, él se volvió para decir:

-Gracias por este día, Charlotte. Lo he pasado muy bien. Dame tu número de teléfono... me gustaría volver a verte.

Rápidamente, ella sacó una tarjeta y un bolígrafo del bolso y anotó el número de Dave y el de su casa.

-Buenas noches, señorita Summerville -la saludó el guardia de seguridad.

Charlie devolvió el saludo y luego miró a Jake. No quería separarse de él. Una tontería, claro, pero no podía evitarlo. Antes de Jake había imaginado que el amor sería como un sueño; pero la inseguridad que sentía en aquel momento no era parte de ese sueño en absoluto.

-Buenas noches. Te llamaré -dijo él, inclinándose para rozar sus labios en un beso de despedida.

Un beso se quedó marcado en su boca como una bendición. Charlie cayó en la cama y durmió como el proverbial tronco.

Capítulo 5

Charlie se estiró perezosamente... y luego emitió un gemido de dolor. Le dolían músculos que no le habían dolido nunca antes. Jake. Murmuró su nombre, mientras recordaba imágenes del día anterior... y un largo suspiro escapó de su garganta.

Luego miró el despertador... ¡las diez de la mañana! Jake podría haberla llamado... a toda prisa, Charlie saltó de la cama y se metió en el cuarto de baño. Después de ducharse, sacó unos vaqueros y una camiseta blanca del armario y se hizo una coleta.

Mientras se ponía crema hidratante en la cara, observó el brillo de sus ojos, el rubor de sus mejillas... y se quedó maravillada. Ésa era la diferencia de tener un hombre en su vida. Una total transformación. La chica eficiente se había convertido en la criatura sensual que le sonreía desde el espejo.

Sin dejar de sonreír, entró en la cocina y comprobó el contestador. La sonrisa desapareció de inmediato al descubrir que no había mensajes.

Suspirando, encendió la cafetera y se consoló a sí misma pensando que Jake tenía que trabajar.

Luego descubrió que no había leche en la nevera. No le gustaba el café solo, pero tomó una taza y comió una manzana, lo único que quedaba en la cocina. Desde luego, debería ir al supermercado. Pero le daba miedo salir del apartamento, por si llamaba Jake.

Charlie hizo la cama, arregló un poco el salón y estuvo paseando, convencida de que iba a llamar... y desesperada porque no lo hacía.

Por fin, a mediodía, se dio cuenta de que estaba portándose como una idiota. Necesitaba leche y algo de comida, de modo que iría al supermercado. Si Jake llamaba, seguramente dejaría su número de teléfono.

El conserje le indicó dónde estaba el supermercado y, una hora después, Charlie entraba en el portal con dos bolsas en la mano.

-Buon giorno, cara. Por fin has vuelto.

Jake estaba esperándola en el vestíbulo. Estaba allí, era real, podía tocarlo.

-Deja que te ayude. Llamé para ver si querías comer conmigo...

-Jake, estás aquí -consiguió decir ella por fin-. Pensé que llamarías antes.

-Espero no haberte molestado.

-No, claro que no -le aseguró Charlie, mirando el pantalón beige y el polo oscuro abierto en el cuello que revelaba la perfecta musculatura de su torso-. Sube. Sólo tengo que meter la leche en la nevera y soy toda tuya.

-¿Seguro? -bromeó él-. Si estás con otro hombre, dímelo ahora.

-No, claro que no -rió Charlie-. ¿Por qué dices eso?

-Quizá porque te alojas en casa de un hombre.

-Ah, no. Dave es un amigo.

-Entonces confío en que siga siendo sólo eso. Prefiero pensar que soy tu único amante. Yo no creo en compartir y espero que tú tampoco. ¿O me equivoco?

-Sí... no. Quiero decir, que no te equivocas.

Jake parecía celoso, aunque no tenía razones para ello. Estaba a punto de decírselo, de explicarle que Dave era el jefe del Servicio de Rescate Internacional al que ella pertenecía, pero él no le dio oportunidad.

-El tercer piso, ¿verdad?

-Pensé que hoy tenías que trabajar.

-Cierta señorita me dejó muy despierto anoche, así que aproveché para trabajar.

-¿No podías dormir? Qué curioso. Yo dormí como un tronco -sonrió Charlie.

-Bruja -replicó él, apretando su cintura.

Inexplicablemente, Charlie se sentía nerviosa cuando entró en el apartamento.

-Estás en tu casa -sonrió, mientras iba a la cocina para dejar las cosas.

Jake miró alrededor. Era un estudio pequeño, con un solo dormitorio.

En el saloncito había un sofá, una televisión y un estéreo. Una escalera llevaba a una especie de galería en la que había una cama y una puerta que debía de dar al cuarto de baño. En el hueco de la escalera, un ordenador y una estantería llena de libros.

Eso confirmaba sus peores sospechas: aquello era un nidito de amor o el típico apartamento de soltero. Entonces maldijo el impulso que lo había hecho ir a buscar a Charlotte sin avisar. Él no era así.

Pero después de pasar la noche dando vueltas en la cama, con visiones de su hermoso cuerpo atormentándolo e incapaz de concentrarse, la curiosidad había sido más fuerte... y, si era sincero, el deseo. Había decidido volver a verla. Un error.

Cuando se acercó a la ventana, la vista no lo animó en absoluto: un almacén. Luego se fijó en una fotografía enmarcada. Un hombre alto, de pelo rubio con una mujer morena y tres niños. El último amante de Charlotte no podía estar casado...

-Es la familia de Dave -Jake se volvió al oír su voz.

Parecía completamente inocente y, sin embargo, vivía en el

apartamento de un hombre. Un hombre casado.

-Qué bien -murmuró él, dejando la fotografía-. Este apartamento es agradable, pero no creo que viva aquí con su familia.

-No, Dave tiene una casa en Dorset. Sólo usa este estudio cuando viene a Londres.

Jake se puso tenso. Estaba admitiendo haber sido la amante de un hombre casado.

-Qué conveniente. Para ti, claro.

Su relación con Charlotte había empezado como un acto de venganza. Y después de la noche anterior, debería haberlo dejado ahí.

-Conveniente para todos. A Lisa, su mujer, le encantaba este estudio. Según ella, era un sitio para escapar cuando los niños se ponían muy pesados. En septiembre Joe, el mayor, vendrá a vivir aquí porque empieza la carrera.

-¿Conoces a toda la familia? -preguntó Jake, atónito.

-De toda la vida -contestó ella-. Solían alojarse en el hotel de mi abuelo. Esta es una foto antigua, los niños son mucho mayores ahora. Lisa era amiga de mi madre y Dave se ha portado muy bien conmigo... casi como si fuera mi tío.

Jake le pasó un brazo por los hombros, aliviado. Cuando la miró, le pareció que estaba un poco triste. Era lógico. Como él, Charlotte estaba sola en el mundo. Y el tal Dave había dejado de preocuparlo. Evidentemente, no era su amante.

De modo que hizo lo que había querido hacer desde que la vio: besarla. Y acariciarla. Debía de haberse vestido a toda prisa porque no llevaba sujetador y Jake aprovechó para levantar la camiseta y acariciar sus pechos desnudos.

Pero cuando Charlie intentó enredar los brazos en su cuello, él se apartó.

-No, aquí no. He venido para invitarte a comer.

-Yo no tengo hambre.

-Pero yo sí y en el restaurante de mi hotel hay una comida estupenda. Y un excelente servicio de habitaciones.

-De repente, tengo hambre -sonrió ella-. Y me encantaría comer contigo.

Su sonrisa abierta, la sensualidad de sus ojos azules, enviaron un escalofrío de anticipación por sus venas.

-En ese caso, y ya que estoy teniendo tanta suerte, ¿qué tal si haces las maletas y te vienes conmigo?

-¿Qué?

-Podrías disfrutar de las ventajas de una lujosa suite durante dos semanas, en lugar de quedarte en este apartamento.

-¿Irme al hotel, contigo? Pero si acabamos de conocernos...

-Por eso. Así podremos conocernos mejor. Y no te preocupes, te aseguro que soy un hombre de hábitos normales, económicamente estable y soltero. Es una suite de dos habitaciones y si prefieres dormir sola...

-No sé -murmuró Charlie.

Una vocecita le decía que Jake no le ofrecía más que una aventura de dos semanas. Él mismo le había dicho que no pensaba casarse nunca. Pero lo que sentía por él anuló cualquier otra consideración.

-Sí lo sabes. La química que hay entre nosotros es irresistible -dijo Jake entonces- Los dos queremos lo mismo, Charlotte. Y tú lo sabes.

-Me parece que tu hotel va a ser mucho más divertido -rió Charlie por fin-. Voy a hacer la maleta.

Jake la observó mover el trasero mientras subía por la escalera y se puso duro de nuevo. Se sentía raro. Acababa de pedirle que se fuera a vivir con él durante dos semanas, algo que no había hecho nunca con otra mujer. Un fin de semana, sí, quizá unos días. Pero dos semanas... Dos acciones impulsivas en un día. No, él no era así.

Diez minutos después, Charlie bajaba la escalera con una bolsa de viaje en la mano.

-Ya estoy lista.

-¿Eso es todo? Pensé que ibas a estar aquí dos semanas.

-Y así es, pero yo viajo sin mucho equipaje.

-Asombroso.

-Qué va. Es cuestión de saber lo que quieres.

-Si tú lo dices...

Cuando entraron en el hotel, Charlie tuvo un momento de pánico. Le gustaría que su madre o Lisa estuvieran vivas para poder hablar con alguien... con una mujer que pudiera aconsejarla.

Entonces miró a la gente que se movía por el vestíbulo. La clientela del hotel era muy elegante y se sintió un poco cortada con sus vaqueros. ¿Por qué no se había cambiado de ropa o se había peinado un poco, en lugar de aparecer con una coleta? Luego miró a Jake. Sí, él no parecía fuera de lugar en aquel sitio. Lo tenía todo. Además de un gran atractivo físico, llevaba la ropa con una elegancia natural que pocos hombres poseían.

-¿Te arrepientes? -preguntó él.

-No, pero... es que mira qué pinta llevo. Aquí todo el mundo va tan elegante.

-Tú eres la más guapa. Pero si te sientes incómoda, podemos ponerle remedio.

Antes de que Charlie pudiera decir nada, él la llevó de la mano a

una de las boutiques que flanqueaban el vestíbulo.

-Buenas tardes. Le presento a la señorita Summerville -le dijo a la dependienta-. Y quiero que la atienda muy bien -añadió después, sacando una tarjeta de crédito color... platino-. Problema resuelto, ¿ves? Y ahora elige lo que quieras, pero no tardes mucho. Tengo hambre.

Charlie miró la tarjeta, atónita.

-No, gracias.

Si estuvieran solos le daría una bofetada. Quizá él estaba acostumbrado a hacer esas cosas, pero ella no. Y no tenía intención de acostumbrarse. No se había sentido más mortificada en toda su vida y salió de la tienda sin decir una palabra más.

Jake la tomó por la cintura.

-Oye, oye... Has sido un poco grosera dejando a esa señorita tan amable con la boca abierta -intentó bromear mientras entraban en el ascensor.

-¿Estás loco? -exclamó Charlie, en cuanto se cerraron las puertas-. Me he ido porque nunca me había sentido tan avergonzada en toda mi vida. Yo siempre compro mi propia ropa, no necesito que me la compre nadie.

Él levantó una ceja, sorprendido.

-Eres mi invitada... y en cuanto a sentirte avergonzada, cara, ¿por qué? Las mujeres esperan que un hombre que se acuesta con ellas pague por todos sus caprichos.

-¿Qué?

-No tienes por qué sentirte avergonzada. Yo no lo estoy.

Charlie lo miraba, incrédula.

-Pues entonces lo único que puedo decir es que te has acostado con una pandilla de sinvergüenzas.

Jake parpadeó, estupefacto.

-Ahora me dirás que nunca has dejado que un hombre te comprase un regalo.

Charlie abrió la boca para ponerse a gritar, pero se detuvo a tiempo. ¿Qué clase de vida vivía Jake D'Amato?

-Nunca he dejado que un hombre me comprase un regalo. A menos que fuera mi cumpleaños.

-Eres una mujer increíble -dijo Jake, cuando se abrían las puertas del ascensor-. No dejas de sorprenderme.

Charlie dejó escapar un suspiro. Tampoco él dejaba de sorprenderla.

Pasaron el domingo en la cama. El lunes por la mañana, Charlie se sentía como una mujer nueva. Ninguna mujer había tenido un amante

más ardiente, seguro. Y se lo había dicho a Jake una y otra vez, fascinada por su cuerpo, mientras le enseñaba cómo respondía el suyo ante ciertas caricias.

Charlie se estiró en la cama, observando a Jake, que diez minutos antes la había despertado para darse una ducha, y acababa de entrar con una toalla en la cintura. Tenía un cuerpo magnífico, tan duro, con una piel tan bronceada... Y después de la noche anterior no le daba vergüenza mirarlo.

Lo vio sacar un traje gris del armario y sonrió ante la intimidad de verlo vestirse. Primero los calzoncillos blancos, luego la camisa del mismo color y, por fin, unos pantalones de pinzas.

-¿Vas a algún sitio? -preguntó, apoyándose en un codo-. No parece que te estés vistiendo para ir de museos.

Jake se volvió, con una sonrisa en los labios.

-Tengo una reunión esta mañana. Te lo advertí, cara. He venido a Londres en viaje de negocios... Y no, no pienso besarte o llegaré tarde a la reunión -le advirtió, al ver que hacía un gesto de desilusión-. Después de lo de anoche, supongo que te vendría bien un descanso... o irte a ver museos. Pero yo estaré de vuelta a las seis. Y te estaré esperando.

Luego le dio un besito en la nariz y siguió vistiéndose.

-¿Qué pasa? Estás muy callada, Charlotte.

-Estaba pensando si debería colgar mis cosas en la otra habitación -bromeó ella.

Se sentía demasiado feliz como para enfadarse y, además, sabía que Jake estaba en Londres para trabajar.

-Ah, puede que haya mentido sobre eso -replicó él, sus ojos burlones.

-¿Qué?

-La segunda habitación ha sido reconvertida en oficina, de modo que a menos que quieras dormir sobre el escritorio... aunque eso también es una posibilidad interesante.

Charlie le tiró una almohada.

-Serás mentiroso...

-Ya te la devolveré más tarde -rió él, apartándose-. Y es una promesa, así que tiembla, mujer. Ciao, cara. Nos vemos luego.

Charlie no fue a visitar museos. En lugar de eso, se gastó en ropa una cantidad de dinero que no debería haberse gastado porque quería estar guapa para Jake. Cuando volvió, a las seis, él la estaba esperando.

-Qué típico de las mujeres. Te has ido de compras -sonrió, al ver las bolsas.

-Pero no en las boutiques del hotel, son carísimas.

Sin decir una palabra más, Jake la tomó entre sus brazos y la besó hasta que las bolsas cayeron al suelo. Charlie enredó los brazos en su cuello y, unas horas después, llamaban al servicio de habitaciones.

Y así siguieron durante varios días. Por las mañanas Jake tenía reuniones, de modo que no podía acompañarla en sus excursiones, pero no le importaba porque sabía que, por la noche, estaría en la habitación. Y eso era lo mejor.

Sólo tenía que mirarla de cierta manera y todo su cuerpo se incendiaba.

Capítulo 6

EL VIERNES hacía un precioso día de primavera y Charlie, ataviada con un albornoz, se preguntó qué posibilidades habría de que Jake lo compartiera con ella.

Estaban desayunando y él ya se había vestido. Llevaba un traje de chaqueta y una camisa blanca que destacaba su piel morena y sus indecentemente atractivas facciones. Podría mirarlo para siempre, pensó.

El había terminado de desayunar y estaba tomando una tercer taza de café. Eso era algo que Charlie había notado: siempre tomaba tres tazas de café.

-Tomas demasiada cafeína, Jake. Y trabajas demasiado. Si no estás en una reunión, estás hablando por teléfono o delante del ordenador. Necesitas relajarte un poco. ¿Por qué no pasas el día conmigo?

-Si me relajara un poco más contigo, cara, correría el riesgo de sufrir un infarto -bromeó él.

-No me refería a ese tipo de relajación -replicó

Charlie- Para tu información, hoy voy a los jardines Kew para pasear entre plantas tropicales.

-Ah, eso me lo puedo imaginar. Tú vestida con una faldita hecha de hojas de palma... Lo haremos de verdad algún día. Pero desgraciadamente, hoy es imposible. Tengo que dirigir una empresa, cariño. Miles de personas dependen de mí.

-Muy loable, pero deberías disfrutar un poco más. Eres un poquito aburrido -bromeó Charlie. Jake arrugó el ceño-. Era una broma.

A Jake no le había hecho gracia, quizá porque sabía que llevaba razón. Cuando la miró, se sintió incómodo. Charlotte le daba todo en la cama y fuera de la cama y él...

-Sé que es una broma, cara.

Charlotte lo había sorprendido durante toda la semana. Podía contar con los dedos de una mano las mujeres con las que había compartido más de un fin de semana. El prefería cenar, hacer el amor

y luego volver a su casa a dormir.

Charlotte era la excepción, probablemente porque era la mujer menos exigente que había conocido nunca. No tenía nada que ver con la niña mimada y egoísta que Anna le había descrito. Ni siquiera dejó que le comprase ropa... Entonces se percató de que no había salido con ella ni una sola vez.

Él no era el tipo de hombre que daba explicaciones, pero Charlotte se las merecía.

-¿Sabes por qué trabajo tanto? Porque antes de conocerte estuve tres meses confinado en mi casa porque mis padres adoptivos... necesitaban mi ayuda. Este viaje a Londres es el primero que hago desde entonces y próximamente tendré que ir a Estados Unidos y al Pacífico. Si parezco un poco preocupado con el trabajo, es por eso. Pero todo está a punto de cambiar -dijo, levantándose para tomar su cara entre las manos-. Que lo pases bien en la jungla. Tenemos entradas para el teatro esta noche y el telón se levanta a las siete.

Había mentido, no tenía entradas, pero las conseguiría.

-¿En serio?

-Y mañana estaré completamente a tu disposición. Puedes llevarme donde quieras. Aunque por la mañana tengo que ir a ver un edificio. Quizá podrías venir conmigo.

Que le hablase de su trabajo y de las dificultades que había tenido en los últimos meses hizo que Charlie se sintiera satisfecha. Al menos, estaba empezando a confiar en ella, pensó, mientras se abrazaba a su cintura.

-Cuidado, podría acostumbrarme.

-Y tú ten cuidado de cómo abrazas a un hombre -rió Jake-. Podría equivocarse.

Llegaba tarde. Charlie salió del ascensor a toda prisa, abrió la puerta de la suite y se detuvo en seco.

-¿Dónde demonios te habías metido? Tenemos que llegar al teatro en media hora -Jake estaba en medio de la habitación, con un esmoquin... y cara de pocos amigos.

-Lo sé, lo sé. Pero es que el metro estaba lleno de gente...

-¿El metro? ¿Estás loca?

-¿Por qué? No pasa nada, estaré lista en quince minutos.

-El metro es peligroso para una mujer. ¿Cómo se te ocurre...?

-¿Qué dices? Todo el mundo viaja en metro, Jake -rió Charlie-. Llevo viajando en metro toda la semana.

-¡Toda la semana! Nada de metro a partir de ahora, Charlotte. Habrá un coche a tu disposición todos los días. Será mucho mejor, digas lo que digas. No pienso dejar que te expongas a ningún peligro...

-Ah, no sabía que te importase tanto -intentó bromear ella, perpleja.

-Claro que me importas. Venga, arréglate o no llegaremos al teatro.

Charlie abrió una bolsa que llevaba en la mano.

-Toma, es un regalo. Lo he comprado en la tienda de regalos de los jardines Kew. En cuanto la vi, supe que era para ti.

Jake miró la caja como si fuera una bomba. Cuando la abrió, encontró una bola de cristal con una flor tropical dentro. No recordaba la última vez que alguien le había hecho un regalo y se quedó sin palabras.

Después de una ducha rápida, Charlie volvió al dormitorio y sacó del armario el vestido que había comprado el lunes. En la tienda le había parecido muy elegante: una especie de túnica color rosa palo por encima de la rodilla... pero ahora le parecía que el escote era un poquito atrevido. En fin, tendría que valer, se dijo.

Entonces se preguntó si a Jake le habría gustado su regalo. Era una orquídea negra en una bola de cristal, un pisapapeles. Charlie se percató en ese momento de por qué le había recordado a Jake. Porque él era oscuro y bello, como la orquídea y, como ella, escondía sus verdaderos sentimientos bajo una capa protectora.

En su caso el cristal era a prueba de balas. Pero no era sorprendente. Había perdido a su familia, estuvo en un orfanato, a punto de meterse en líos con la ley. Todo eso debió de afectarlo. Y luego, cuando creía haber encontrado el amor, su prometida lo dejó plantado. Era lógico que hubiera concentrado toda su energía en levantar una empresa, dejando a un lado sus sentimientos.

Bueno, no todos sus sentimientos, pensó.

Charlie había tomado una decisión: amaba a Jake y era cosa suya romper el cristal protector tras el que se escondía.

Sonriendo, se pasó el cepillo por el pelo y un poco de brillo en los labios y salió de la habitación.

Jake estaba donde lo había dejado, moviendo la bola de cristal de un lado a otro. Tenía los ojos brillantes, casi, casi... como si hubiera llorado.

-Te gusta -sonrió Charlie.

Jake dejó la bola sobre la mesa y se acercó a ella, despacio. Puso las manos sobre sus hombros y dijo con la voz ronca de emoción:

-Gracias por el regalo, Charlotte. Lo guardaré como un tesoro.

Y entonces la besó. Pero no fue un beso normal. Era suave e increíblemente tierno.

-Te prometí que iríamos al teatro y vamos a llegar tarde -dijo después-. Por cierto, estás preciosa, absolutamente preciosa. Pero ese

vestido es peligroso, jovencita. Y no pienso dejar que te apartes de mi lado.

No llegaron al primer acto, pero les permitieron entrar para ver el segundo. En el entreacto, Jake pidió champán y, mirándola de forma enigmática, preguntó:

-Bueno, ¿qué te parece la obra?

-Pues que no pasa nada porque nos hayamos perdido el primer acto. La obra es totalmente incomprensible. Y en cuanto al niño que aparece en escena con lo que supuestamente es un taparrabos, pero parece un pañal, ¿la madre está loca o qué? Ese crío va a estar traumatizado de por vida.

Jake soltó una carcajada.

-Brutalmente honesta, como siempre. Pero yo pienso lo mismo. ¿Nos vamos?

-Totalmente de acuerdo.

-¿Tienes hambre?

Capítulo 6

Al día siguiente, Charlie dejó a Jake durmiendo, para variar. Después de darse una ducha rápida, se puso una de sus nuevas adquisiciones: un pantalón de lino color beige, una camisola de seda y una chaqueta a juego con el pantalón. Mientras se ponía crema hidratante en la cara pidió el desayuno al servicio de habitaciones y, cinco minutos después, llevó la bandeja al dormitorio.

Tumbado en la cama, apenas cubierto por la sábana, Jake era una tentación. Despeinado y con sombra de barba, parecía un pirata. Sólo le faltaba el anillo en la oreja.

-¿Vas a darme ese café o no?

Charlie se sobresaltó, distraída como estaba.

-Estás despierto.

-Eso-parece.

-Pensé que te gustaría desayunar en la cama.

Jake se apoyó en un codo, pasándose una mano por el pelo.

-Me gustaría si tú estuvieras en la cama conmigo.

-De eso nada. Aunque te quiero mucho, prometiste que hoy serías todo mío. Y vamos a hacer lo que yo quiera.

Los ojos de Jake se oscurecieron y Charlie se percató de lo que acababa de decir. Pero se negaba a dar marcha atrás. Era la verdad y podía aceptarla, decir que él también la quería o que no estaba interesado, era su problema. Estaba harta de jugar con sus reglas y no pensaba seguir escondiendo lo que sentía.

-Pues sírveme un café y seré tuyo enseguida.

Evidentemente, pensaba ignorar la declaración de amor, pero al menos no había dicho que él no estaba interesado, y eso era un consuelo.

Dos horas después, estaban en la terraza de un ático situado a la orilla del Támesis, con una vista magnífica de la ciudad. Ella era, en el fondo, una chica de pueblo, pero podría acostumbrarse a aquello.

-¿De verdad vas a comprarlo, Jake?

-En realidad, voy a comprar todo el edifico -contestó él-. Es una buena inversión a largo plazo. Además, este apartamento me vendría bien como base permanente en Londres. ¿Qué te parece?

-Precioso. Me encanta.

-Quiero tu punto de vista como mujer: ¿qué preferirías, alojarte aquí o en un hotel?

-Si fuera con el hombre del que estoy enamorada me daría igual estar aquí, en un hotel o debajo de un puente -contestó ella, con toda sinceridad.

Se miraron en silencio durante unos segundos y Jake fue el

primero en romper el contacto.

-Una respuesta muy romántica. Pero debes de saber poco sobre tu propio sexo para decir eso. Te lo aseguro, la mayoría de las mujeres saldrían corriendo si un hombre no les diera todo lo que desean.

-Yo no lo creo.

-Díselo a mi ex prometida. Ella desapareció cuando supo que yo no era tan rico como pensaba.

-Supongo que fue una desilusión terrible.

-No -contestó Jake-. No me dolió que me dejara... ¿Cómo demonios hemos acabado hablando de esto? ¿Por qué siempre acabo contándote cosas que no quiero contar?

-Mi encanto personal -contestó Charlie.

Durante aquellos días, Jake le había contado más cosas sobre su infancia y sobre su vida y empezaba a entenderlo mejor.

-Podrías tener razón -suspiró él-. Vamos, el resto del día es todo para ti.

Lo pasaron en el zoo y, por primera vez, se sintió como si fueran una pareja normal. Rieron con los monos, comieron en un pequeño café y cuando se enamoró de un panda de peluche en la tienda de regalos, Jake se lo compró. Más tarde, cenaron patatas con pescado frito en la calle y tomaron una cerveza en un típico pub cerca del río.

Jake estaba convencido de que ese «pescado» no tenía nada que ver con algo que hubiera salido del mar y seguían discutiendo sobre las diferencias entre la comida italiana y la comida inglesa cuando volvieron al hotel.

Por fin, Charlie levantó las manos en señal de rendición y admitió que la comida italiana era mucho mejor que la inglesa. Jake, por supuesto, aprovechó esa postura para quitarle la camisola...

A veces Charlie tenía que pellizcarse para convencerse de que aquello era real y se lo dijo el viernes por la mañana.

Riendo, Jake le dijo que lo tocase si quería convencerse de que era real. Y ella lo hizo, claro.

Después, agotada y desnuda sobre la cama, Charlie dejó escapar un suspiro de satisfacción.

-Ahora sé por qué te quiero. Y estoy totalmente convencida de que eres real -murmuró, acariciando el vello de su torso. Cuando él soltó una carcajada, Charlie le dio un tirón-. ¿Te estás riendo de mí o qué?

Entonces sonó el teléfono. Charlie lo vio descolgar el auricular, lo oyó decir algo en italiano. Parecía tenso. Cuando terminó de hablar, se levantó de un salto.

-Era mi oficina. Tengo que volver a Italia inmediatamente.

Luego saltó de la cama y entró en el cuarto de baño.

Sorprendida, Charlie se quedó mirándolo sin saber qué decir. Amaba a Jake, pero él tenía que marcharse... Tenía que pasar en algún momento, claro, pero no había querido pensar en ello, no había querido enfrentarse con la realidad.

Ahora no tenía elección.

¿Qué había esperado? Jake dirigía una gran empresa y ella tenía que estar en su hotel el domingo. Iban a despedirse un día antes de lo planeado. No pasaba nada. Volverían a verse.

Jake volvió a la habitación y empezó a vestirse.

Charlie lo había visto vestirse muchas veces, pero aquella mañana no podía mirarlo. No quería que viera la tristeza que había en sus ojos. De modo que saltó de la cama y entró en el cuarto de baño.

En la ducha, se dijo a sí misma que debía estar tranquila. Esas dos semanas habían probado que eran una buena pareja. Lo amaba y estaba segura de que Jake sentía algo por ella. Los dos eran adultos, tenían mucho trabajo... era natural que tuvieran que separarse de vez en cuando.

Cuando volvió a entrar en la habitación unos minutos después, ya vestida, seguía diciéndose a sí misma que no debía disgustarse.

Jake estaba al lado de la mesa, sacando unos papeles de su maletín, intensamente concentrado. Ya había hecho las maletas y llevaba un traje oscuro, camisa blanca y corbata gris de seda. Parecía un magnate, lo que era en realidad.

Pero ella conocía a otro Jake, el amante apasionado, el amante tierno... y se le hizo un nudo en la garganta.

-Ya has hecho las maletas -consiguió decir.

-Sí. Siento tener que irme así, pero mi presencia es necesaria en Italia.

-Lo sé, pero... es una pena que perdamos nuestro último día.

Jake puso un dedo sobre sus labios.

-Habrá otros días, Charlotte. Te llamaré esta noche. Quédate aquí y pásalo bien.

-No, no me encontraría cómoda sin ti. Me iré a casa.

-Lo que tú quieras -murmuró él.

Pero le dolía despedirse de ella. Estaba acostumbrado a despedirse de las mujeres sin ningún problema, pero Charlotte era diferente. Sí, la deseaba, pero su intención original había sido menos que honorable y él era un hombre honorable.

No podía decirle adiós. De modo que hizo algo que no hacía nunca, anotó su número de teléfono en una tarjeta.

-Este es mi número en Génova. Si quieres llamarme, hazlo. Pero ahora tengo que irme... el avión está esperando.

Charlie lo vio cerrar el maletín intentando contener las lágrimas.

-¿Ya? ¿Ahora mismo?

-Me temo que sí.

El botones acababa de llegar para tomar sus maletas. Jake le dio un beso en los labios y desapareció.

El doctor Jones había sido el médico de la familia de Charlie durante toda la vida. En realidad, era más un amigo que un médico.

-¿Estás seguro?

-Sí, cariño. Por la fecha que me has dado, estás embarazada de casi siete semanas.

-Pero si usábamos preservativo...

-Evidentemente, se rompió o pasó algo. No es el fin del mundo, Charlie. Tú eres una chica muy fuerte. Seguro que tu hijo será un niño muy sano, así que no tienes por qué preocuparte. Lo que tienes que hacer es contárselo a tu novio.

A su novio. Eso era más fácil decirlo que hacerlo, pensaba tres días después, mirando una pila de facturas.

-No es bueno soñar despierto.

Al oír la voz del gerente, Charlie levantó la cabeza.

-No estoy soñando despierta. Estoy intentando trabajar.

-Si tú lo dices... -sonrió Jeff-. Deberías decírselo al padre del niño. Tiene derecho a saberlo y tú no eres de las que olvidan sus responsabilidades.

Jeff y Charlie se conocían desde los doce años, cuando su abuelo lo contrató como gerente.

-Este niño es mi responsabilidad y lo que me gustaría saber es cómo se ha enterado todo el mundo de que estoy embarazada -suspiró Charlie, pasándose una mano por el pelo.

-A lo mejor porque volviste de tus vacaciones con ojos de mujer enamorada, porque no dejabas de hablar de un tal Jake D'Amato, porque compraste un libro para aprender italiano...

-Ya, ya, déjalo.

-Y cuando empezaste a ir al baño corriendo cada día... en fin, no fue difícil averiguarlo. Además, todo el mundo sabía que tenías cita con el doctor Jones -rió Jeff.

-Esto es increíble.

-Descubrimos que estabas embarazada antes de que tú lo supieras.

-Gracias. Muchas gracias. O sea, que todo el mundo sabe que estoy embarazada y, además, creen que soy idiota por no darme cuenta -gruñó Charlie- ¿Qué voy a hacer?

-Ya te lo he dicho. Llámalo por teléfono. Ahora -contestó Jeff.

Charlie dejó escapar un largo y doloroso suspiro.

El problema era que ya lo había llamado tres veces desde que el médico le confirmó el embarazo. Pero quien contestaba al teléfono era una mujer llamada Marta que sólo hablaba italiano.

Habían pasado cinco semanas desde que se despidió de Jake y cada día estaba más convencida de que para él sólo había sido una aventura. La llamó para comprobar si había llegado bien y volvió a llamar una semana después para decir que se iba a Estados Unidos. Desde entonces, no había vuelto a saber nada.

Pero el día anterior, hojeando una revista, había visto un artículo sobre una prestigiosa cena benéfica en Nueva York y allí estaba Jake... con una impresionante morena. Según el pie de foto, su nombre era Melissa y era modelo y «amiga» de Jake D'Amato, más conocida por sus amantes millonarios que por su carrera.

Debía enfrentarse con la verdad: había hecho el tonto.

Ella se había enamorado mientras para Jake sólo había sido un revolcón. Charlie tuvo que parpadear para controlar las lágrimas. No iba a llorar. Ya había llorado más que suficiente.

Debería haber sabido que un hombre como Jake D'Amato era demasiado sofisticado como para sentirse atraído por una ingenua como ella.

Ella era una persona eficiente en todos los aspectos de la vida, pensó, furiosa. Podía dirigir un hotel, escalar una montaña y buscar supervivientes después de un terremoto. Era una persona compasiva por naturaleza y no solía enfadarse, pero en cuanto a las relaciones amorosas, era una novata.

Enamorarse era un infierno, pensaba. El miedo, el deseo de recibir noticias suyas, la duda constante... Pero todo eso iba a cambiar. Había actuado como una cría y no pensaba seguir haciéndolo. De hecho... impulsivamente, tomó el teléfono y marcó un número que se sabía de memoria. Cuando oyó el pronto al otro lado del hilo, se lanzó a hablar, sin importarle que Marta sólo entendiera una palabra de cada diez. Iba a decir lo que tenía que decir.

-Dígale a ese canalla de jefe que tiene que estoy embarazada y que él es el padre. Charlotte incinta, Jake padre, capisco?

Después, colgó el teléfono.

Que la tal Marta hubiera entendido o no le daba igual. Se sentía mucho mejor. Además, ahora podía decirle a Jeff que había llamado a Jake y así la dejaría en paz.

-Jeff, voy a dar un paseo. Llevo días encerrada en el hotel y estoy harta.

-Me parece muy bien. ¿Por qué no te tomas el día libre?

Tenía razón. Se había encerrado en el hotel como una idiota

esperando la llamada de Jake. Pero ya estaba bien. Tenía que preocuparse de otro ser humano.

-Tienes razón, como siempre. He sido una boba.

-¿Una boba tú?

Charlie se volvió, sonriendo al hombre de pelo gris que se acercaba a ella. Dave acababa de salir del comedor, con Joe, James y Mary, sus hijos.

-Eso parece.

-Eres una alhaja de mujer y si me ayudas con esta pandilla, hasta pondría eso por escrito.

-¿Necesitas ayuda?

-Vamos a navegar un rato, ¿te vienes?

-Muy bien -sonrió Charlie. El aire fresco y la compañía de los amigos era justo lo que necesitaba-. Voy a cambiarme. Nos veremos en el muelle en veinte minutos.

-¡Vamos, Charlie! -gritaban los niños- ¡El agua está genial!

Con un biquini negro, tumbada sobre la cubierta del barco, Charlie se sentía casi feliz.

-No puedo. He comido demasiado.

Habían echado el ancla en su playa favorita para comer. Y Charlie, que últimamente tenía un apetito feroz, se había puesto las botas.

-Muy sensata -sonrió Dave-. En tu estado, es lo mejor.

-Ay, por favor. ¿Tú también? ¿Quién te lo ha contado?

-Jeff me lo contó anoche, mientras tomábamos unas cervezas. Por supuesto, sabrás que no puedes seguir en el equipo de rescate, pero encontrar un sustituto no es mi mayor problema ahora mismo -suspiró su amigo-. Tú eres el problema, Charlie. Te conozco desde que eras pequeña y te quiero como si fueras de la familia, ya lo sabes.

-Gracias -murmuró ella, emocionada.

-Me siento responsable por esta situación...

-¿Tú? No tienes por qué sentirte responsable, Dave. Creo que sé con quién me he acostado -lo interrumpió Charlie, con una sonrisa en los labios.

-Hablo en serio, Charlotte. Si no te hubiera ofrecido el estudio quizá nunca habrías conocido a ese hombre y no estarías embarazada. Pero la cuestión es si estás enamorada de él.

No tenía sentido negar la verdad. Dave la conocía demasiado bien.

-Yo estoy enamorada de Jake, pero él de mí no.

-Según Jeff, es un magnate de los negocios o algo así, ¿no?

-Sí.

-¿Has hablado con él? Te quiera o no, tu obligación es contarle la

verdad. Además, si fuera un poco inteligente estaría dando saltos de alegría por haberle echado el lazo a una mujer tan maravillosa como tú.

-Sí, ya -murmuró Charlie, irónica.

Era muy tarde, casi las seis, cuando volvieron al muelle.

-¡Venga, una carrera hasta el hotel! -gritaron los chicos.

-Ah, si fuera treinta años más joven... -suspiró Dave.

Charlie salió corriendo con los niños. Pasar el día en el lago la había animado mucho, pero estaba cansada y, por fin, tuvo que parar para tomar aliento.

Entonces miró el hotel, con sus muros grises recortados contra las copas verdes de los árboles, el jardín bien cuidado... nunca le había parecido más hermoso.

Una sonrisa agridulce curvó sus labios. Estaba en casa, pensó, llevándose una mano al abdomen, en un gesto de consuelo.

-Pase lo que pase en mi vida, tú y yo siempre tendremos nuestro hogar aquí -dijo en voz baja.

Salir a navegar había aclarado sus ideas. Estaba esperando un hijo de Jake D'Amato y se sentía feliz. Ella sabía bien que no había garantías en la vida porque había perdido a su familia y porque había visto muchas otras destrozadas, ciudades enteras. Pero estaba embarazada y tenía la oportunidad de formar su propia familia. Y sabía también que podía darle a su hijo una vida feliz.

En cuanto a Jake... estaba enamorada de él y seguramente lo estaría siempre, pero que estuvieran juntos ya no era lo más importante. El niño era lo primero.

-¿La edad también empieza a ser un problema para ti? -bromeó Dave, que acababa de llegar a su lado-. Vamos, te ayudo a subir la colina -rió, tomándola por la cintura.

Charlie soltó una carcajada.

-¿No debería ser al revés, ancianito?

El hotel Lakeview era un edificio precioso, situado en un paisaje hermosísimo, nada parecido a lo que Jake había esperado. Debía de tener más de cien años y había sido construido en piedra, con una elegante terraza en la parte delantera. El interior era de estilo Victoriano, con grandes ventanales y paredes forradas de madera.

Seguramente no había cambiado mucho desde que fue construido y, seguramente también, no daba grandes beneficios. Era lógico que Charlie lo hubiera llamado, pensó, cínicamente.

Durante el tiempo que pasaron juntos, había empezado a creer que no era la egoísta que pensó al principio. Pero ahora se daba cuenta de que era más lista que las demás. Había ido directa a buscar el gran

premio: una pensión vitalicia. Impaciente, golpeó el mostrador con los dedos. ¿Dónde demonios estaba el recepcionista?

Un hombre delgado apareció entonces.

-Buenas tardes.

-Quiero ver a la propietaria, Charlotte Summerville.

-¿Su nombre, por favor?

-Jake D'Amato. Ella me conoce -contestó Jake, impaciente.

-Yo soy el gerente del hotel. Si necesita alguna cosa...

-No necesito nada. Quiero ver a Charlotte -lo interrumpió él-. Dígale que estoy aquí.

-Eso va a ser difícil, señor D'Amato. Ha salido a navegar con unos amigos y volverá alrededor de las seis -contestó el gerente, mirando el reloj-. Si quiere esperar, puedo pedirle a la camarera que le sirva un té.

Iba a tener que esperar una hora, pensó Jake, furioso. Pero no serviría de nada discutir, de modo que se sentó en el vestíbulo y pidió un té, que una camarera le sirvió con gesto avinagrado. Por las miradas que lanzaban sobre él los empleados, en aquel hotel odiaban a los clientes. O quizá lo odiaban a él.

Pero ya estaba harto de esperar. Jake se levantó y se dirigió al jardín.

¿Dónde demonios estaba Charlotte?

Poco después, vio que tres chicos se acercaban corriendo al hotel... y tras ellos iba Charlotte. Con un pantalón corto y una camiseta blanca, estaba increíblemente guapa. Su pelo largo, brillante, con mechas casi de plata a la luz del atardecer, flotaba alrededor de su cara mientras corría hacia él.

Una sonrisa de masculina satisfacción iluminó su rostro. Seguía adorándolo. Entonces olvidó que estaba furioso. Cinco semanas sin ella... debía de estar loco para haber esperado tanto tiempo. Entonces Charlotte se detuvo.

No corría hacia él, ni siquiera lo había visto. Y no estaba sola. Un hombre de pelo gris acababa de pasarle el brazo por la cintura...

Fuera de sí, Jake se acercó a ellos a grandes zancadas.

-No mires, pero un hombre muy alto y muy fuerte viene hacia nosotros con cara de pocos amigos -dijo Dave.

Charlie levantó la mirada. ¡Jake! Era Jake en carne y hueso.

-Carlotta, por fin -dijo él, aplastándola contra su torso, besándola allí mismo, delante de Dave-. ¿Me has echado de menos?

Charlie asintió con la cabeza, atónita. Jake estaba allí, había ido a buscarla.

-Me alegro. Entonces, quizá querrías presentarme a tu

acompañante.

-¿Mi acompañante? -repitió ella, confusa. Su repentina presencia, su actitud furiosa y, a la vez, posesiva, la habían dejado sin palabras.

-Jake D'Amato -se presentó Jake.

-Dave Watts. Soy un amigo de la familia y una especie de padre honorario para Charlie.

-¿Ah, sí? Espero que no sea lo que aquí llaman un «papaíto».

-Desde luego que no -contestó Dave, cortante-. Pero podría serlo porque Charlie es un cielo de niña.

Charlie se quedó helada ante el grosero comentario de Jake. Entonces lo entendió. El abrazo, la actitud posesiva no eran más que una postura de machito defendiendo algo que consideraba suyo. Jake no la quería, pero su ego no le permitía pensar que ella pudiera estar con otro hombre.

Y entonces, de repente, Dave soltó una carcajada.

-Muy bien, de acuerdo, tú ganas -dijo, dándole una palmadita en al espalda-. Pero si le haces daño, tendrás que vértelas conmigo.

-Dave...

-Voy a buscar a mis chicos antes de que quemen el hotel. Nos vemos luego, Charlie.

Dave había sido muy amable, pero ella no estaba dispuesta a serlo.

-Suéltame, idiota -le espetó en cuanto se quedaron a solas.

-Por supuesto. ¿Dónde está la mujer de Dave?

-Lisa murió el año pasado –contestó Charlie-. Y antes de que insinúes que es mi amante, deja que te diga que no todos los hombres son unos sinvergüenzas.

-¿Quieres decir que yo lo soy?

El no era tonto y se había percatado de que el tal Dave no actuaba como un «padre honorario». Si pudiera, intentaría conquistarla. Pero ya no podría hacerlo porque él tenía otros planes. En cuanto a Charlotte... parecía la viva imagen de la inocencia, como siempre, pero no lo era. Y, de repente, Jake volvió a sentir la furia que había sentido cuando Marta le dio el mensaje que lo obligó a tomar un avión desde Génova.

-Si tú lo dices -contestó Charlie.

Los dos se quedaron en silencio, mirándose como dos enemigos.

-¿Qué haces aquí, Jake? Aparte de insultar a un amigo mío.

-No quiero hablar de eso.

-Ya me imagino -murmuró ella-. ¿Lo has pasado bien en Nueva York? He leído que viste a tu amiga Melissa.

-¿Has leído el artículo?

-Sí.

-Era una cena benéfica. Y Melissa es una vieja amiga. Y sí, antes de que preguntes, fuimos amantes, pero lo nuestro había terminado antes de conocerte. Me dejó por un hombre con más dinero que era, además, su cita en la cena benéfica, no yo.

-¿Te dejó? -exclamó Charlie.

-No pasa nada. Nos despedimos como amigos. Pero no quiero hablar de mí. Es de ti de quien quiero hablar y no en público, si es posible.

Charlie se percató entonces de que había algunos clientes paseando por el jardín.

-Aunque seguramente todo el mundo sabe ya que estás embarazada. Después de todo, se lo contaste a mi ama de llaves antes que a mí. Para eso me llamaste, ¿no?

-Pues sí, para eso te llamé. Y me parece buena idea que hablemos en privado -suspiró Charlie, evitando su mirada-. Ven, vamos a mi apartamento.

Capítulo 7

CHARLIE dejó escapar un suspiro de alivio cuando por fin llegaron al santuario de su apartamento sin encontrarse con nadie.

-¿Quieres tomar algo, un té, un café?

-No, gracias. Estoy harto de té.

Charlie se pasó las manos sudorosas por los pantalones, sin saber qué hacer. La sorpresa de verlo pronto se había convertido en enfado y luego en vergüenza. No debería haber hecho esa llamada.

-Veo que te han dado mi mensaje -consiguió decir por fin.

-Sí, claro. Muy interesante, Charlotte. Tu conocimiento del italiano ha mejorado lo suficiente como para contarle a mi ama de llaves que estás embarazada y que yo soy el padre -dijo él, con los dientes apretados-. Y no me ha hecho ninguna gracia. Como no me ha hecho gracia molestar a mi piloto un domingo para venir a Inglaterra.

Charlie nunca lo había visto tan enfadado.

-Podrías haber llamado por teléfono.

-No, no podía. Quería mirarte a los ojos cuando me dijeras que voy a ser padre -replicó él-. ¿Estás embarazada, Charlotte?

-Sí, lo estoy -contestó ella.

Estaba emocionada y asustada a la vez, pero lo único que deseaba era que Jake la tomara entre sus brazos y le dijera que todo iba a salir bien. Sin embargo, no parecía que eso fuera a pasar.

-¿Y cuándo te quedaste embarazada?

-Hace siete semanas. Una cuestión de mala suerte, supongo.

-¿Mala suerte? Para mí quizá, pero muy conveniente para ti.

Jake estaba furioso. Charlotte decía que él era el padre, pero ¿lo era? Había intentado olvidarla, no pensar en ella, pero su cuerpo no se lo permitía. Entonces la miró de arriba abajo. Su estómago seguía siendo plano, pero quizá sus pechos eran un poco más grandes... ¡No! No quería pensar en eso. No tenía intención de dejarse engañar por una mujer, por muy deseable que fuera.

-¿No es un poco pronto para haber confirmado un embarazo? A menos que la mujer en cuestión estuviera contando los días, claro.

-Cuando una mujer vomita todas las mañanas, es evidente que está embarazada -replicó ella.

-Ya.

-¿No me crees?

Charlie se dejó caer en el sofá, atónita. Nunca se le habría ocurrido pensar que Jake no iba a creerla.

-No he dicho eso.

-No hace falta que lo digas, está claro.

El Jake al que amaba, el Jake al que conocía, era ahora un extraño.

-¿Y te parece raro? No serías la primera mujer que intenta engañar a un hombre con un falso embarazo. Quiero pruebas.

Charlie no solía enfadarse, pero aquel arrogante estaba consiguiéndolo. Jake había llegado a su casa sin anunciarse, la había insultado a ella y a su amigo Dave y luego tenía la cara de pedir pruebas del embarazo y sugerir que lo único que le interesaba era su dinero.

La rabia hizo que se levantara de un salto.

-¿Qué clase de hombre eres tú? Te acuestas conmigo y luego no quieres volver a saber nada... Y ahora llegas aquí, acusándome de intentar engañarte, aterrorizado de que quiera tu dinero -le espetó, desdeñosa-. ¿Qué sugieres, caro? ¿Que me abra el vientre y te muestre el interior? ¿O prefieres que aborte?

Jake se puso pálido.

-No, Dio, no -murmuró, abrazándola-. No digas eso, Charlotte.

-No te preocupes, no tengo intención de hacerlo. Y suéltame, me haces daño.

-Perdona, no me daba cuenta...

-Qué desastre -murmuró Charlie entonces.

-No tiene por qué ser un desastre. Me casaré contigo.

-¿Casarte...? Si ésa es una proposición, me temo que le falta algo -replicó ella-. Te aseguro que no tengo ningún problema, ni económico ni de ningún otro tipo para criar a mi hijo. Puedo arreglármelas perfectamente.

Jake apretó los labios, volviendo a ser el frío y arrogante extraño.

-No digas tonterías. Criar a un niño sin su padre no es la situación ideal. Créeme, yo lo sé por experiencia. Así que nos casaremos en cuanto todo esté arreglado.

Tenía razón, Charlie lo sabía. Entonces, ¿por qué ponía objeciones? Porque lo quería todo. Quería que Jake la amara, como lo amaba ella. Si no era así...

-Tú sabes que es lo mejor -insistió él-. Lo que he dicho antes... no lo decía de verdad, perdona. Pero es que me llevé tal sorpresa... y que me lo contara mi ama de llaves... sé que he reaccionado mal, lo siento.

-Muy mal -asintió Charlie.

-Las dos semanas que pasamos juntos fueron las mejores de mi vida, Charlotte. Cásate conmigo -murmuró Jake entonces, tomándola por la cintura.

Jake D'Amato era el único hombre en el mundo para ella y Charlie se preguntó por qué se mostraba tan obstinada. Le estaba ofreciendo todo lo que quería. Si pudiera decir la palabra «amor»...

-Supongo que el niño es mío. Aunque no importa.

-¡Claro que es tuyo! –exclamó ella incrédula-. ¡Eres el único hombre con el que me he acostado en toda mi vida!

Charlie vio una emoción en sus ojos que no pudo identificar.

-Más razón para que nos casemos. Me encuentras irresistible, está claro -dijo Jake entonces-. Me quieres.

-Te deseo, es completamente diferente...

Entonces se percató de lo que él acababa de decir: «Supongo que el niño es mío. Aunque no importa».

Había dicho que se casaría con ella incluso si el niño no fuera suyo. Debía de amarla, aunque no fuera capaz de decirlo en voz alta.

-No -dijo Jake-. No es sólo sexo.

Entonces recordó a Charlotte desnuda en la ducha... en esa ocasión no había usado preservativo. Ella parecía completamente sorprendida por hacer el amor en un sitio que no fuera la cama. Y antes, cuando se percató de lo estrecha que era y creyó que hacía tiempo que no estaba con un hombre...

Ahora lo entendía. Charlie era virgen. Y él la había tratado de una forma abominable. Era comprensible que no quisiera casarse.

-Carlotta, cásate conmigo... por favor.

Charlie se mordió los labios. La cabeza le decía que esperase, que dijera que no. Pero su corazón... su corazón le decía que debía darle una oportunidad.

-Sí -dijo por fin, porque lo amaba. Porque no podía decir que no.

-Grazie, grazie! -exclamó Jake, abrazándola.

Charlie, emocionada, puso las cinco largas semanas de abstinencia en un beso que se le llevó el alma. Jake había vuelto y quería sus caricias, sus besos, lo quería todo. Estaba loca por él.

-Charlotte, te he echado tanto de menos...

-Y yo a ti. Te quiero tanto...

-Lo sé, lo sé -sonrió Jake, metiendo la mano bajo su camiseta.

-Charlie, necesito las llaves de...

Jake soltó una tirada de imprecaciones en italiano que habrían hecho enrojecer al propio demonio.

-Ah, vaya, veo que no llego en buen momento. Pero me alegro de que hayáis hecho las paces -sonrió el gerente del hotel.

-¡Jeff! -exclamó Charlie-. ¿No se te ha ocurrido llamar a la puerta?

-Lo siento. Bueno, Charlie, ¿puedo contarle a todo el mundo que hay campanas de boda? Están que no duermen.

Jake soltó una carcajada.

-Ah, ahora entiendo la actitud de los empleados.

-¿Qué actitud? -preguntó Charlie-. ¿Alguien ha sido grosero

contigo?

-No exactamente, pero ya veo que todos saben que estás embarazada y todos saben quién soy.

-Bueno, puede que haya mencionado tu nombre en alguna ocasión...

-Ya, ya. En fin, al menos deja que sea yo quien haga el anuncio. Jeff, ¿verdad?

-Así es -sonrió el gerente.

-Jeff: Charlotte y yo vamos a casarnos en cuanto tengamos los papeles en orden. Puedes contárselo a todo el mundo. Si no lo haces, lo hará Charlotte, seguro.

-Desde luego, señor D'Amato -rió Jeff, antes de salir. La llave que había ido a buscar, naturalmente, era una excusa.

-Bueno, ya está decidido. Vamos a casarnos y no voy a dejar que cambies de opinión -sonrió Jake.

-No pensaba hacerlo -dijo Charlie-. Pero... ¿es porque estoy embarazada o me quieres de verdad?

-Te adoro, cara -contestó él, con una sonrisa en los labios.

Se casaron dos semanas después, en una ceremonia celebrada en el jardín del hotel. Cuando terminó el banquete, Charlie estaba todavía atónita por lo rápido que había ido todo.

-Una más y se acabó -le aseguró Diego Fortuna, el padrino de Jake, un famoso fotógrafo de moda.

-¿Tenemos que posar? -bromeó Charlie.

-Nada de posar. Ha sido una boda muy bonita, pero quiero tenerte para mí solo -le dijo Jake al oído.

Su mujer. Se felicitaba a sí mismo por haber tomado esa decisión. Había conocido a sus amigos del equipo de rescate y todos decían maravillas de ella. Era una mujer hermosa, valiente y estaba esperando un hijo suyo... pero lo del equipo de rescate tendría que terminar, pensó.

Él no creía en el amor, pero no tenía ningún problema aceptando el amor de Charlotte. La vida no podía ser más hermosa.

-Yo tampoco puedo esperar -le confesó ella.

Nunca se había sentido tan querida como cuando el sacerdote dijo «puedes besar a la novia» y Jake la estrechó en sus brazos para besarla delante de todo el mundo, con una ternura que casi la hizo llorar.

Pero ahora quería más.

El día que pidió su mano se había convertido en una fiesta. Por accidente o a propósito, Jeff y Dave organizaron una despedida de soltero para Jake. Después, entre los tres, lo organizaron todo por

teléfono, ya que Jake tuvo que volver a Nueva York.

Lo único que Charlie tuvo que hacer fue comprar el vestido y algunos conjuntos de ropa interior absolutamente preciosos. Siempre práctica, como vestido de novia eligió un diseño italiano que podía luego ser usado como vestido de cóctel. Era de seda color marfil, con escote palabra de honor y llegaba sólo hasta la rodilla.

Además del ramo de novia, hecho con capullos de rosa, el único adorno era una gargantilla de perlas que Jake le había regalado la noche antes de la boda. Esa noche cenaron juntos, pero no pasaron la noche juntos. Amy, la recepcionista, decía que daba mala suerte.

Diego, el padrino, había llegado por la mañana, y Charlie lo conoció unos minutos antes de la ceremonia. Jake y él habían estudiado juntos y eran viejos amigos.

-Bueno, ya está -dijo el fotógrafo-. Necesito una copa.

Charlie lanzó el ramo y Amy, su dama de honor, lo atrapó entre las carcajadas de los asistentes. Unos minutos después, Amy le daba la chaqueta y el bolso.

-Que disfrutes de tu luna de miel, cariño.

-Gracias -sonrió Charlie.

-Gracias -dijo Jake-. Desgraciadamente, tendremos que posponer la luna de miel, pero no la noche de boda. Aunque tampoco tendremos eso si no aparece el maldito coche de una vez. Espera, voy a hablar con Dave.

Charlie observó a su flamante marido dirigiéndose hacia Dave que, seguramente, habría estado atando latas al parachoques o algo parecido. Entonces suspiró, encantada. Era el día más feliz de su vida.

-Gran suspiro para una novia -rió Diego, con una copa de champán en la mano.

-Es un suspiro de felicidad -dijo ella, mirando a su marido, tan elegante con su traje gris. Era tan guapo, tan italiano...

-Cambiar Summerville por D'Amato debe de resultarte un poco raro -sonrió Diego.

-No, me gusta.

-¿Tienes algo que ver con Robert Summerville, el pintor?

-Era mi padre -contestó Charlie- De hecho, él fue el responsable que de Jake y yo nos conociéramos.

-Ah, ahora lo entiendo. Entonces supongo que también conociste a Anna.

-¿Anna?

-¿No estuviste en su funeral? Su muerte, unos meses después de la muerte de tu padre, fue una tragedia horrible.

De repente, Charlie recordó aquel desnudo femenino, el de la

mujer morena, el que Jake había comprado… Anna debía de ser amiga suya. Pero ¿por qué no le había dicho nada?

-¿Te refieres a Anna, la hermosa mujer morena de pelo hasta la cintura?

-Ah, ya veo que la conocías. Fue terrible, ¿verdad? -murmuró Diego-. Perdona, no debería sacar este tema tan triste en un día como hoy. Jake ha tenido mucha suerte de encontrarte. Ojalá te hubiera visto yo primero.

-Eres un seductor -sonrió Charlie.

Sonreía, pero Diego había plantado una semilla de sospecha en su mente. Había un misterio que no lograba entender. Pero tenía razón, aquél no era día para tristezas, todo lo contrario. Jake la amaba y nada iba a estropearle ese momento.

-Siempre he sido el seductor -sonrió Diego, pasándole un brazo por los hombros-. Y Jake es el trabajador, pero también ha tenido sus momentos. Sobre todo con motores, más que con mujeres. Una vez se llevó a una chica en una barca cuyo motor él mismo había montado… y se hundió. Por supuesto, ella no volvió a dirigirle la palabra.

A veinte metros, Dave escuchaba a Jake, dándole palmaditas en la espalda.

-Tranquilo, el coche llegará en cinco minutos. Tengo entendido que pensáis vivir en Italia, ¿es así?

-Sí, eso espero.

-Supongo que sabrás que eres un hombre muy afortunado. Y será mejor que cuides bien de ella.

-Lo haré.

-Todos vamos a echarla de menos. Pero le he dicho que la esperamos de vuelta en el equipo en cuanto haya tenido el niño.

-¿Qué? -exclamó Jake. Acababa de descubrir que no conocía a su mujer en absoluto. Que pensara volver al equipo de rescate después de dar a luz, que pensara volver a arriesgar su vida, lo dejaba atónito. Cuando volvió la cabeza, hizo una mueca de disgusto al ver que su amigo Diego le había pasado un brazo por los hombros.

-Charlotte no volverá a trabajar, Dave. Tengo otros planes para ella -replicó, mientras se acercaba a Diego-. ¿Esto qué es? Aparta tus manazas de mi mujer, amigo.

-Serás aguafiestas -rió Charlie-. Diego estaba hablándome de tus conquistas en la universidad.

-¿Ah, sí?

-Siento que tengáis que iros tan rápido -sonrió Diego-, Pero entiendo la prisa de Jake. Toma, ésta es mi tarjeta. Si alguna vez te cansas de este gorila, llámame.

-Basta, Diego. Deja de tontear con mi mujer el día de mi boda.

-Lo he intentado, pero no vale de nada. En fin, le he echado el ojo a una atractiva camarera... Deseadme suerte.

-Es divertido -rió Charlie cuando se alejaba-. Me cae bien.

-Espero que no te caiga demasiado bien. Ahora eres mi mujer -dijo Jake, tomándola posesivamente por la cintura.

Dave gritó entonces que había llegado el coche.

-¡Ay, Dios mío! -gritó Charlie, cuando Jake la tomó en brazos.

No se había equivocado. Dave había colgado un montón de latas en el parachoques de la limusina blanca... Pero su marido no protestó.

-Ahora entiendo el retraso -rió, colocándola suavemente sobre el asiento-. Pero por ti, querida esposa, merece la pena esperar. Eres tan preciosa que me duele.

Luego la besó. Y en aquel beso había tal promesa de pasión que Charlie supo que pasara lo que pasara siempre amaría a Jake, su marido.

Capítulo 8

UNA LIMUSINA fue a buscarlos al aeropuerto de Génova. Apoyada sobre el hombro de Jake, Charlie iba mirando la carretera que bordeaba el mar, hasta una villa protegida por una enorme puerta de hierro. Un guardia de seguridad les dio la bienvenida y, poco después, llegaban a la casa.

Charlie se quedó boquiabierta. Era una casa magnífica de moderno diseño, construida en acero y cristal. Estaba a varios kilómetros de Génova, con los Dolomitas al fondo y una espectacular panorámica del Mediterráneo al frente.

-Su nuevo hogar, señora D'Amato. ¿Te gusta?

-Es una maravilla -contestó ella.

Riendo, Jake la tomó en brazos para atravesar la enorme puerta de madera.

-¡Una escalera de cristal! Nunca había visto algo así.

Entonces se dio cuenta de que un comité de recepción compuesto por dos personas esperaba para darles la bienvenida en el vestíbulo.

Jake la dejó en el suelo y le presentó a Marta, el ama de llaves, a la que Charlie ya conocía por teléfono... y al precioso hijo de Marta, Aldo, que hablaba su idioma, o al menos lo que le habían enseñado en el colegio. El marido de Marta, Tomás, se reunió con ellos enseguida. Era el chofer de Jake.

Después de brindar con champán para desearles buena suerte, se alejaron discretamente y Charlie miró alrededor. Los muebles eran preciosos, una mezcla de muebles tradicionales y modernos, pero fueron los cuadros lo que llamó su atención. Reconoció un Matisse y dos Monet.

-Al fin solos -sonrió Jake, tomándola en brazos de nuevo para llevarla al dormitorio. Pero como estaba nervioso, tropezó con las maletas que los empleados habían dejado en el suelo.

-¡Que me tiras! -rió Charlie.

-Nunca -contestó él-. No me atrevería.

Pero cuando sus ojos se encontraron, la risa desapareció.

Lentamente, Jake la dejó en el suelo. Era increíble, pero estaba nerviosa. Se había acostado con él muchas veces, pero aquella vez era diferente.

Sin dejar de mirarla, Jake empezó a desnudarse, despacio, hasta quedar frente a ella sólo con los calzoncillos blancos, que poco podían hacer para esconder su excitación.

-No quiero que estés nerviosa, Charlotte -murmuró-. ¿Te he dicho lo guapa que estás, cara?

En dos segundos, la chaqueta y el vestido de seda cayeron al suelo

y Charlie quedó desnuda, excepto por las braguitas de seda blancas.

Jake dio un paso atrás para admirarla a placer. Desnuda, con la gargantilla de perlas y el tanga blanco era una visión maravillosa. Sus pechos se habían hinchado un poco, pero el abdomen seguía siendo plano.

-Parece que he esperado toda una vida para verte así.

Era incomprensible, pero Charlie, que tenía confianza para todo, de repente se vio asaltada por un absurdo temor. Jake era tan perfecto, tan alto, tan moreno. Y ella quería ser perfecta para él...

Entonces vio un cuadro detrás de ellos, un Gauguin, con una mujer morena vestida con un pareo. Eso le recordó otro cuadro, otra mujer morena...

-¿Quién es Anna?

Jake la miró, perplejo.

-¿De dónde ha salido eso?

-Nada... es que he visto ese cuadro y me ha recordado el retrato que compraste. Se llamaba Anna, ¿verdad?

-¿Quién te lo ha dicho?

-Diego.

-Diego es un bocazas -replicó Jake, cortante-. Olvídalo.

Si fuera más amable, Charlie podría haberlo olvidado, pero su extraña actitud no hacía más que aumentar sus dudas.

-¿Quién era? ¿Una antigua novia?

-No, no... -Jake estaba furioso, ridículamente furioso, y no tenía derecho a estarlo.

Desgraciadamente, el tema de Anna despertaba en él todo tipo de emociones: la lealtad que le debía a los Lasio, el sentimiento de culpabilidad que no lo abandonaba, la frustración de que su mujer lo mirase con ese gesto de angustia en su noche de boda...

-Tú sabes quién era -dijo por fin-. Era la amante de tu padre... veinte años menor que él. Y ahora vamos a olvidarnos de eso...

-No quiero olvidarme, Jake.

-¿Quieres saber la verdad? -suspiró él-. Muy bien. ¿Por qué no? Anna era mi hermanastra y yo la quería muchísimo. La vi crecer, convertirse en una joven preciosa y la vi destruida por tu padre. Anna creía estar enamorada de él y durante dos años pensó que iban a casarse.

Charlie se quedó pálida. El alivio que había sentido al saber que no era una antigua amante desapareció al descubrir la verdad. Una ex amante podía olvidarse, una hermana no.

En la exposición, Jake le había dicho que ese era el único retrato que le interesaba... Entonces recordó su mirada cuando estaba frente

al cuadro. Cómo debió de odiar ver ese retrato expuesto en la galería...

Y su primera noche. Su frialdad después de hacer el amor, sus preguntas sobre lo que pensaba de un hombre que mantenía una relación con una mujer más joven. Ingenuamente, había pensado que se refería a ellos, ahora se daba cuenta de que hablaba de su padre.

-Dios mío... tú odias a mi padre. Es eso, ¿verdad?

-Nunca lo conocí pero sí, lo odiaba. Mira, vamos a dejarlo -suspiró Jake-. Tu padre ha muerto, igual que Anna.

-Pero...

-Eres mi mujer, Charlotte -la interrumpió él, quitándole la gargantilla-. Y ya hemos perdido demasiado tiempo.

-No, suéltame. Tenemos que hablar.

-Lo que tenemos que hacer no es hablar, es otra cosa. Y es evidente que a ti también te apetece -dijo Jake entonces, mirando sus pechos.

La arrogancia del comentario fue suficiente para sacarla de quicio. Admitía odiar a su padre y, al mismo tiempo, esperaba que se acostara con él sin darle una explicación. Su engreimiento era monumental, insoportable.

Por mucho que lo amara, por mucho que lo deseara, tenía que obligarlo a confesar por qué se había casado con ella.

-No, Jake, lo que necesito ahora es la verdad -le espetó, muy seria-. ¿Por qué le pediste a Ted que nos presentara? Si tanto odiabas a mi padre, la última persona a la que querrías conocer era a mí.

-Sentía curiosidad por conocer a la hija de un hombre que había mostrado tan poco respeto por las mujeres. Pero ¿qué más da eso ya? Estamos casados y tenemos todo el futuro por delante.

Charlie sabía que no estaba diciendo la verdad. Su noche de boda se estaba convirtiendo en una pesadilla...

-Siento lo de tu hermana, Jake -murmuró, tragando saliva-. Nadie sabe mejor que yo lo mujeriego que era mi padre. Y si Anna estaba enamorada de él debió de sufrir mucho cuando murió. ¿Qué puedo decir?

-Nada. Nada en absoluto -contestó Jake-. Ya está todo dicho. Tu padre le dijo a Anna que se fuera y los dos sabemos por qué... así que no tienes por qué fingir.

-No te entiendo.

-Tú te negaste a conocerla.

Charlie estaba convencida de que había oído mal. ¿De qué estaba hablado? Pero el desprecio que había en sus ojos oscuros y la inmovilidad de sus facciones le dijo que no era así.

-¿Que yo me negué a conocerla?

Cuando visitó a su padre por última vez, él le contó que no tenía

ninguna amante en ese momento. Charlie no lo había creído, pero... ésa había sido su respuesta desde aquella vez, cuando lo pilló en el estudio con Jess. Seguramente quería protegerla, pero Jake lo veía de otra forma. El no tenía ni idea.

-Anna me lo contó todo. Tu padre le pidió que se marchara porque su hija, su egoísta y mimada hija, se lo exigió. Aparentemente, iba a pasar las vacaciones allí y se negaba a compartir la casa con otra mujer. Admítelo, Charlie.

-¡No puedo creer lo que estoy oyendo!

El horror de lo que acababa de decir era inexplicable. La relación que hubiera entre Anna y su padre no tenía importancia alguna. Jake, su amante, su marido, pensaba que ella era una egoísta, una niña malcriada.

-Yo quería mucho a mi padre pero nunca... -iba a explicarle que eso no era verdad, que nunca le había exigido nada.

-Da igual. Como dicen, el resto es historia -la interrumpió Jake-. Tu padre murió y si no hubiera muerto, yo mismo lo habría matado...

-¿Qué?

-Y Anna se mató en un accidente de coche poco después. Y tú ganaste mucho dinero a su costa, así que no todo ha salido mal. Olvídalo, Charlotte. Lo que me preocupa no es el pasado, sino el presente.

«El pasado da forma al futuro».

Eso era algo que Charlie había leído en alguna parte. Que Jake dijera que podría haber matado a su padre, que en cierto modo la responsabilizara a ella por la muerte de Anna, que creyera que se había enriquecido con la tragedia de aquella joven... ¿Cómo podía pensar eso de ella? Pero tenía que saber la verdad. Había estado cegada por el amor durante demasiado tiempo.

-De modo que no sólo soy egoísta y mimada, también soy calculadora y materialista. ¿Es eso? Dime por qué le pediste a Ted que nos presentara. Y quiero saber la verdad.

Jake apretó los dientes.

-¿La verdad? Anna me había hablado de ti como si fueras una niña y cuando descubrí que no lo eras, que tú misma presentabas la exposición, quise conocerte. Lo que podría haber perdonado en una niña, no podía perdonarlo en una mujer adulta. Admito que quise vengarme... justicia poética, ya sabes. Pero para ser sincero, en cuanto te vi me volví loco por ti, cara. Sigo estando loco por ti.

Venganza. Qué palabra tan fea, qué emoción tan fea y tan mezquina. Charlie no quería creer lo que estaba oyendo, pero poco a poco empezó a sentirse horrorizada. Horrorizada por su despreciable

arrogancia, porque creía que iba a aceptarlo todo, soportarlo todo en aras de su amor. Horrorizada porque Jake parecía convencido de que no había pasado nada...

-¿Por qué me pediste que me casara contigo?

-Porque vas a tener un hijo mío, Charlotte.

Los ojos de Charlie se llenaron de lágrimas, pero hizo lo imposible por controlarlas. Por fin había entendido que Jake no la quería, que no la había querido nunca y no la querría jamás.

Deseaba ponerse a gritar, pero no lo hizo. El dolor era tan horrible que parecía anestesiarla.

-Cuando me pediste que me casara contigo te pregunté si me querías y me dijiste que sí...

-Si no recuerdo mal, me preguntaste si iba a casarme contigo porque estabas embarazada o porque te quería y yo contesté que te adoraba -contestó él-. Cómo interpretaras tú mi respuesta es cosa tuya.

-Una cuestión de semántica, claro -dijo ella, irónica.

Aquella revelación la había partido por la mitad, pero no pensaba decirle lo que sentía. Debía ser fuerte, no sólo por ella sino por su hijo.

-Sé sincero, Jake, no me quieres. Sólo me has utilizado para vengarte. Has utilizado mi cuerpo para pasarlo bien...

-Te equivocas. Ya no tengo ningún deseo de venganza y, en cuanto a lo de utilizar tu cuerpo... por el momento no estoy teniendo mucha suerte, pero eso está a punto de cambiar.

Charlie dio un paso atrás.

-¡No me toques, no te atrevas! ¡Y quédate con tu maldito anillo! -gritó, intentando quitárselo.

-No te lo quites, Charlotte -replicó él, intentando sujetar su mano.

Pero Charlie lo miraba como si, de repente, le hubieran salido cuernos. Y era culpa suya. Debería haber tenido la boca cerrada. Pero él no estaría en aquel predicamento si otra persona hubiera mantenido la boca cerrada... «Diego», pensó, furioso. ¿Por qué había tenido que mencionar a Anna el día de su boda precisamente?

Había destruido aquel retrato semanas atrás. Le daba igual la absurda venganza que planeó al principio. Todo le daba igual excepto Charlotte, se dio cuenta entonces. Pero cuando la miró vio desafío en sus ojos azules y sintió que se le encogía el corazón por haber perdido su amor. Y sintió también una furia que apenas podía controlar.

-Se acabó, Jake -dijo Charlie entonces.

-No vas a ningún sitio -replicó él, poniéndose frente a la puerta-. Soy yo el que se marcha. Hablaremos de esto por la mañana. Cuando recuerdes por qué estás aquí.

Después se dio la vuelta y salió dando un portazo.

El sonido pareció reverberar en el corazón de Charlie mientras tomaba el vestido de novia. Aquélla era su noche de bodas. ¿Qué había pasado?

Que por fin había descubierto quién era su marido, pensó. Que por fin le había quitado la capa protectora y no era amor lo que encontró debajo.

Intentando contener las lágrimas, sacó un camisón de la maleta sin pensar lo que hacía y se tumbó en la cama, tapándose la cara con la sábana. Y entonces, sólo entonces se puso a llorar.

Por fin, cuando no le quedaban más lágrimas, se dio cuenta de que debía parar... si no por ella, por el niño.

No sabía lo que iba a hacer. Sólo sabía que la novia feliz había desaparecido por completo y para siempre.

-Maldito seas -musitó-. Maldito, maldito seas...

¿Quién demonios creía que era? ¿Qué derecho tenía a insultar a su padre, a juzgar su comportamiento cuando él se portaba mil veces peor?

Pero tenía que ser fuerte. Era una mujer independiente, no necesitaba a Jake D'Amato para nada. No más Jake, no más lágrimas.

Y si él pensaba que iba a quedarse allí, haciendo el papel de esposa y madre, iba a llevarse una sorpresa.

Por fin, después de dar vueltas y vueltas en la cama, se quedó dormida, sin saber que su marido había vuelto a la habitación y la miraba en silencio. Jake vio las lágrimas en su rostro, vio su gesto de pena y se marchó sin hacer ruido.

Capítulo 9

AH, VEO que estás despierta. Charlie se incorporó en la cama, sorprendida al ver a Jake con un batín de seda marrón entrando en el dormitorio. En las manos llevaba una bandeja con el desayuno... y una rosa roja de tallo largo en un búcaro de cristal.

-No es champán y caviar, debido a tu estado. Pero traigo té y huevos revueltos.

Jake parecía encantado consigo mismo.

-No tenías que haberte molestado -murmuró Charlie.

-Ah, veo que siguen las hostilidades -dijo él, irónico.

Por un segundo, Charlie quiso aceptar la rama de olivo que le ofrecía, pero sólo durante un segundo. Le había hecho demasiado daño. Descubrir la verdad lo había cambiado todo.

-Estoy embarazada, no soy una inválida. Podría haberme hecho yo misma el desayuno.

-No tienes que hacerlo, ése es el trabajo de Marta. Pero le he dado el día libre por alguna razón que ahora no recuerdo -dijo Jake, sarcástico, mientras servía una taza de té.

-Gracias.

-Prego. Desayuna, luego tenemos que hablar.

-No tenemos nada que hablar -replicó ella-. Lo dijiste todo anoche.

No quería hablar, ni siquiera quería mirarlo. Charlie sentía como si le hubieran quitado una venda de los ojos y pudiera ver a Jake como era en realidad por primera vez desde que lo conoció. Era un hombre sin piedad, un ser arrogante que aplastaría a cualquiera que se pusiera en su camino.

-Anoche dije demasiadas cosas. Pero el pasado está muerto. Murió con tu padre y Anna. Espero que lo entiendas -dijo, muy serio-. Nos casamos ayer, Charlotte. Olvidemos lo de noche y empecemos de nuevo -suspiró luego, sentándose al borde de la cama.

-Puede que para ti sea fácil olvidar lo de anoche, pero para mí no. Debí de estar loca para casarme contigo. Eres un mentiroso, un falso -le dolía en el alma haberse enamorado de Jake, pero no pensaba mantener aquella farsa-. Por mi parte, el matrimonio está roto.

La sonrisa desapareció de los labios de su marido. Y si no lo conociera bien, casi habría pensado que había dolor en sus ojos.

-No seas ridícula, Charlotte...

-No soy ridícula, sólo estoy diciendo lo que quiero.

Nadie llamaba mentiroso a Jake D'Amato, ni siquiera Charlotte.

-Nunca. Eres mi mujer.

Tenía tantas esperanzas aquella mañana, mientras le hacía el desayuno, que había querido olvidar lo que pasó por la noche. Pero

ella parecía más decidida que nunca a desafiarlo y él estaba cada vez más frustrado.

-Te quedarás aquí -le ordenó-. En mi casa, en mi cama. ¿Me oyes?

Charlie no se dejó amedrentar.

-Ni lo sueñes. Me iré mañana mismo.

-No...

-No voy a quedarme contigo, Jake. Acostúmbrate a la idea.

-No tienes elección. La seguridad en esta casa es tremenda. No puedes irte sin que yo te dé permiso...

-¿Qué? No puedes obligarme a quedarme aquí. No tienes ningún derecho -replicó Charlie, atónita-. No te atreverás...

-No tendré que hacerlo porque te conozco. Tú sabes qué es lo mejor para ti y para nuestro hijo. Y lo mejor es que sus padres vivan juntos en perfecta armonía. Y también sé que eres demasiado orgullosa como para volver a Inglaterra y admitir que has fracasado...

-Según tú, estoy atrapada en esta casa. ¿Qué piensas hacer, encerrarme?

Jake dejó escapar un suspiro.

-Maldita sea, Charlotte... ¿cómo esperas que reaccione cuando dices que nuestro matrimonio está roto?

-¡Como un hombre civilizado!

Él se pasó una mano por el pelo.

-Y todo esto por un maldito cuadro... que ni siquiera es bueno, además.

-Un cuadro sobre el que tú me has mentido -replicó ella-. Dijiste que era una inversión y yo te creí, pero debería haber imaginado que tenías otro objetivo cuando vi que lo mirabas como si estuvieras hipnotizado. Debería haberte dejado plantada en ese mismo instante...

-No era una mentira. Compré el cuadro e hice con él lo que quería hacer. Y en cuanto a mirarlo como si estuviera hipnotizado... me sentía incómodo mirándolo. Anna era mi hermanastra, la había visto nacer. Lo compré para destruirlo, Charlotte, para que mis padres adoptivos nunca pudieran verlo. Ya habían sufrido suficiente con la muerte de Anna y no quería que vieran su cuerpo desnudo expuesto ante todo el mundo. Y tú, Charlotte, podrías haber pensado eso antes de exponer la colección de tu padre sin tener la decencia de preguntar a los interesados, simplemente por el dinero...

-¿Qué estás diciendo? ¿De qué hablas? ¡Son cuadros, objetos de arte te gusten a ti o no! Entiendo tu preocupación por el dolor de tus padres adoptivos, pero eso no tiene nada que ver conmigo. Yo no sabía nada.

Podría haberle dicho, además, que el dinero había sido donado a

varias obras benéficas, pero no se lo merecía. Jake estaba tan seguro de sí mismo, tan seguro de que se saldría con la suya en todo... y ella no pensaba permitirlo.

-No me conoces en absoluto -dijo, con amargura.

Jake sacudió la cabeza. La imagen de Charlotte como una mujer calculadora que había tenido la suerte de heredar un negocio y explotar la obra de su padre había ido perdiendo peso con el tiempo. Si era sincero del todo, seguramente él mismo habría admitido que la exposición era buena decisión comercial... si no contuviera el retrato de Anna.

Además, Charlotte no había permitido que le comprara regalos, no le pedía nada. Y la revelación de que trabajaba con un equipo de rescate internacional había hecho que empezara a pensar que Anna estaba equivocada.

-Quizá no te conozco, pero me gustaría conocerte. Por eso tenemos que hablar -suspiró entonces.

Charlie tuvo la impresión de que estaba nervioso. Algo raro en él.

-¿Hablar de qué? ¿Cómo voy a hablar con un hombre que acaba de decirme que no puedo irme de aquí si lo deseo? -le espetó Charlie.

De nuevo, Jake suspiró.

-Quizá no hemos sido sinceros el uno con el otro...

-¡Yo sí lo he sido!

-De acuerdo, de acuerdo. Lo acepto. Pero esto tiene que terminar... junto con cualquier idea por tu parte de volver al equipo de rescate. No puedes hacer eso después de tener un hijo... Y debemos intentar que este matrimonio funcione. Por eso debemos olvidar el pasado y seguir adelante. Charlotte. Tenemos muchas cosas en común... la relación íntima es estupenda, nos llevamos bien y... yo soy un hombre rico. Puedo darte todo lo que quieras. Al niño no le faltará nada. ¿Qué más puedes querer?

Charlie tuvo que contener una carcajada. ¿De qué planeta era aquel hombre? ¿Y cómo no lo había visto antes?

-Nada, claro -contestó, irónica. Su concepto del matrimonio la horrorizaba. Para él no era más que un acuerdo comercial: él pagaba por todo y, a cambio, conseguía una esposa y un hijo.

-Eres mía, Charlotte. Olvídate de todo lo demás -murmuró Jake-. Te necesito... eres mi mujer, amore mio...

-No me llames eso -lo interrumpió ella.

-¿Por qué? Eres mi mujer. Creo recordar que nos casamos ayer.

-Como si pudiera olvidarlo... -replicó Charlie, amarga.

Pero ella no era su amor y no aceptaría una mentira. Que usara ese término en aquel momento, cuando no lo había usado antes, era

intolerable. Nunca había sido su amor, nunca lo sería. Para

Jake D'Amato no era diferente a las otras mujeres con las que se había acostado. Menos incluso, porque había admitido que la creía una egoísta sin corazón y que sólo se había acercado a ella para vengarse.

-Charlotte, ya sé cuál es el problema, que no te has tomado el desayuno. Culpa mía de nuevo. En tu estado, tienes que comer a intervalos regulares...

-¿Y desde cuándo eres médico? -replicó Charlie, perpleja.

-¡Demonios! -exclamó él entonces, mirando el reloj-. Tengo una reunión esta mañana, pero primero tenemos que ir al ginecólogo...

-¿Qué? No pienso ir a ningún sitio contigo. No puedes decirme lo que tengo que hacer...

-Mira, ahora no tenemos tiempo para discutir. Y vas a ir al medico aunque tenga que llevarte en brazos.

-¿Para qué? Estoy perfectamente.

Jake sacudió la cabeza.

-¿Tú para qué crees? Para confirmar que estás embarazada, por supuesto. Después de todo, para eso me casé contigo.

Sabía que estaba hablando con ira, que no pensaba lo que decía, pero había creído que podía arreglar la situación y Charlotte se lo estaba poniendo imposible.

-Tienes veinticinco minutos.

Charlie cerró los ojos. No podía haber dejado más claro por qué se había casado con ella. Y al saberlo, al saberlo a ciencia cierta, su corazón se volvió de hielo.

Veinte minutos después, con un vestido de gasa azul y blanco por encima de la rodilla y unas sandalias blancas de tacón, Charlie bajaba la escalera de cristal hasta el vestíbulo, donde Jake la esperaba.

-Una mujer puntual -dijo él, mirando el reloj-. Y muy atractiva, además.

-¿Nos vamos? -murmuró Charlie, sin mirarlo.

-Sí, claro. Toma esto -dijo Jake entonces, ofreciéndole algo envuelto en papel de aluminio.

-¿Qué es?

-Un bocadillo. No has comido nada, por si tienes hambre en el camino.

Charlie levantó los ojos al cielo.

Una limusina negra esperaba en la puerta y un hombre al que no había visto antes salió a recibirlos. Jake le dijo algo en italiano y el conductor miró a Charlie con una sonrisa en los labios.

-Charlotte, te presento a Marco. Él cuidará de ti cuando Tomás esté ocupado.

El hombre le dio la mano, una mano de gorila.

-Sé cuidar de mí misma, gracias. No necesito un guardaespaldas.

-Por favor, Charlotte. Venga, come algo.

Al menos, el bocadillo le daba algo que hacer. Así no tenía que hablar con Jake.

El ginecólogo, el doctor Bruno, era un hombre bajito y muy agradable. Hablaba bien su idioma y a Charlie le resultó simpático. Le dijo que conocía a Jake desde siempre porque había estudiado con sus hijos. Además, era el padrino de una de sus nietas.

Pero no le gustó tanto cuando terminó de examinarla y decidió dirigirse a Jake para hablarle del embarazo. No a ella, a Jake. Y su marido lo interrogaba sin descanso.

-¿Quieres callarte? -dijo Charlie en voz baja-Esto no tiene nada que ver contigo.

-El niño tiene todo que ver conmigo -replicó Jake. Y luego siguió hablando con el doctor Bruno en italiano.

Cuando salieron a la calle, Jake tomó su mano para llevarla a la limusina.

-¿Te vas a casa?

-No, he decidido pasear por la ciudad -contestó Charlie-. Si no te importa, claro -añadió, irónica.

-No eres una prisionera, Charlotte. Puedes hacer lo que quieras. Siento haber dicho eso antes.

-Ya.

-Marco te llevará a donde tú quieras... y antes de que pongas ninguna objeción, es para que no te pierdas. Ésta es una ciudad grande y no la conoces.

-Sí, claro -murmuró Charlie, sin mirarlo.

Jake dejó escapar un suspiro.

-Pensé que habíamos llegado a un acuerdo esta mañana, pero veo que me había equivocado. Piensa lo que quieras, pero Marco se queda.

Después se volvió y desapareció al final de la calle.

Charlie suspiró también. No sabía qué hacer. Saber que Jake sólo se había casado con ella por el niño era terrible, pero... A pesar de todo, lo amaba, incluso había creído que era el hombre de su vida. Que el destino lo había puesto en su camino.

No fue de compras. En lugar de eso volvió a la casa... que quizá algún día sería su hogar. O no.

Capítulo 10

CHARLIE estaba tomando el desayuno en la cocina, con Aldo, riendo cuando el niño intentaba pronunciar las cosas como ella. Pero cuando se marchó al colegio, la risa desapareció.

Era muy triste que su mejor amigo en Génova fuera un niño de ocho años. Aldo terminaba el colegio a las dos y, después, solían explorar la finca. El niño le había mostrado su escondite favorito, una cueva en el acantilado que había a un lado de la casa, y ella le contaba lo divertido que era escalar montañas en Inglaterra.

Inquieta, Charlie se levantó y salió con su taza de té al patio, rodeado de buganvillas.

Una semana... llevaba una semana casada con Jake, pero el día de su boda le parecía siglos atrás. La mujer que se había casado en el jardín del hotel Lakeview, convencida de que era la más afortunada del mundo, ya no existía. El amor era un sueño, nada más.

No veía a Jake durante el día y cenaban en completo silencio... o se peleaban amargamente. Su marido intentaba mantener una conversación y ella contestaba con monosílabos o con un sarcasmo que también era nuevo para ella hasta que Jake, exasperado, se retiraba a su despacho.

Compartían la cama para que no hubiera murmuraciones, pero no hacían el amor.

¿Debía aceptar lo que Jake le ofrecía?, se preguntó. Millones de parejas mantenían una farsa de matrimonio por sus hijos.

Charlie suspiró. Eso no podría ser peor que lo que tenían ahora.

Después de tomar el té, cerró los ojos, intentando disfrutar de aquella tranquilidad... pero duró poco porque enseguida oyó pasos. Era Jake.

-¿No deberías estar ganando millones en lugar de molestarme cuando estoy descansando?

-No te preocupes, voy a quedarme sólo un momento. No me apetece estar con una niña inmadura -replicó él, pasándose una mano por el pelo-. ¿Qué demonios te pasa, Charlotte? Es imposible hablar contigo. ¿No puedes relajarte un poco? ¿Ya no tienes sentido del humor?

-Mi sentido del humor sigue intacto, gracias. Pero tras descubrir en mi noche de boda que mi marido no sentía amor por mí, que sólo se había casado conmigo porque estoy embarazada y por un absurdo deseo de venganza, no sería sorprendente que el sentido del humor me hubiera abandonado.

-Amor. Siempre dices esa palabra, como si fuera un talismán, pero a mí me parece que no puede ser una emoción tan importante cuando

no sirve para perdonar -dijo Jake entonces-. Yo prefiero palabras como «honor» y «respeto».

-Al menos, yo creo en el amor.

-Probablemente tuviste que agarrarte a esa ilusión con un padre como el tuyo, que no tenía respeto por las mujeres.

-Tú no sabes nada de mi padre -replicó ella, airada.

-¿No?

-No.

-Es posible, pero hay algo que sí sé: me has dicho muchas veces que me quieres, pero lo que de verdad sientes por mí, cara mia, es deseo, no amor.

-Eso no es verdad.

-¿Quién miente ahora, Charlotte? Podríamos haber tenido una bonita vida juntos, los tres. Con un poco de buena voluntad por ambas partes.

-Esto no tiene nada que ver con la buena voluntad.

-No, desde luego que no -suspiró él- Esta noche cenamos fuera, por cierto. Mi ayudante, Sophia, está esperándote en casa. Se ha ofrecido a llevarte de compras, a la peluquería... a todas esas cosas que hacéis las mujeres -añadió, ofreciéndole una tarjeta de crédito-. Toma, esto es para ti.

-No necesito tu dinero.

-Lo sé, y nunca me perdonaré a mí mismo por habértelo ofrecido en una ocasión. Pero ahora estamos casados. Lo mío es tuyo. Acéptala y salvarás mi alma.

-Eres un poquito exagerado, ¿no? -rió Charlie.

-Ah, por fin una sonrisa. Todavía hay esperanza para nosotros.

Poco después entraban en casa. Charlie miró a la joven morena que la esperaba en el vestíbulo y tuvo que tragar saliva. Iba vestida con un elegante traje de diseño y, a su lado, se sintió como una chica de pueblo, con su vestido amarillo. Y no la ayudó nada que Jake dijera algo en italiano y los dos soltaran una carcajada.

-Charlotte, te presento a Sophia, mi mano derecha. No podría vivir sin ella. Sophia, mi mujer, Charlotte.

Charlie estrechó su mano de mala gana.

-¿Cómo estás?

«No podría vivir sin ella». ¿Incluiría eso la cama?, se preguntó.

Pero cuando la joven le sonrió, se quedó sorprendida por la amabilidad que había en sus ojos.

-Tengo que irme -dijo Jake-. Tomás os llevará a la ciudad. Con Sophia estarás segura.

-¿Segura o sujeta? -replicó Charlie automáticamente.

Jake se puso pálido.

-Ambas cosas -contestó, haciendo un esfuerzo para contenerse-. No te atrevas a desafiarme en público -le dijo luego en voz baja-. Deja que Sophia te enseñe la ciudad e intenta pasarlo bien, ¿de acuerdo?

Cuando desapareció, Sophia se pasó una mano por la frente.

-Uf, y yo pensaba que mi marido y yo nos llevábamos mal.

-¿Qué?

-Es una broma. Pero no seas demasiado dura con Jake. Es muy protector con las personas a las que quiere. Venga, vamos de compras.

Charlie colgó el teléfono con una sonrisa en los labios. Hablar con Jeff la había animado un poco. El hotel iba de maravilla y la estaría esperando cuando volviera. Aunque había tenido que mentirle sobre su matrimonio... pero eso iba a cambiar.

Mientras se arreglaba para la cena había tomado una decisión: iba a darle a Jake una oportunidad. Había una razón para ello, el comentario que había hecho sobre un amor que no sabía perdonar.

Quizá tenía razón, quizá estaba siendo demasiado dura con él.

Jake llegaba tarde. Le había dicho que iría a buscarla a las siete y llevaba diez minutos esperando. Estaba nerviosa.

-¿Qué tal la excursión? -oyó su voz unos segundos después-. Ah, ya veo que bien.

Charlie se había hecho un moño precioso, un poco suelto, como se llevaba últimamente. Muy elegante, muy chic. Las múltiples facetas de su esposa lo fascinaban, aunque nunca lo admitiría. Podía ir en vaqueros y camiseta para jugar con Aldo -lo sabía porque cada noche exploraba los vídeos de la cámara de seguridad - o vestida como una modelo de pasarela.

Antes de casarse, Jake había reservado un lujoso restaurante para aquel día. Quería organizar una especie de recepción para presentarle a sus amigos y había esperado que fuera una agradable sorpresa para ella. Ahora sólo podía esperar que no se pelearan delante de todo el mundo.

-Si te refieres al peinado, gracias.

-Y al vestido. Es precioso.

Llevaba un vestido azul brillante, a juego con sus ojos, con unas mangas muy cortas cuya sola función era sujetar el corpiño estilo imperio. Sophia le había asegurado que era la última moda en Italia. Y también había aprobado las sandalias de tacón, que destacaban sus bien torneadas piernas.

-Estás preciosa, Charlotte -sonrió Jake-. Sophia ha hecho un buen trabajo. Estás exquisita, el epítome de la sofisticación. Y ahora, si no

te importa, súbeme un whisky a la habitación. Voy a cambiarme.

Charlie estuvo a punto de mandarlo a paseo, pero se percató de que parecía cansado.

-Muy bien.

Mientras él subía a la habitación, sirvió un whisky con hielo, pensativa. ¿Era una orden o un favor que le hacía a un cansado marido?

Por primera vez desde su noche de bodas, la compasión fue capaz de romper la capa de hielo que se había formado en su corazón.

Charlie entró en el dormitorio y estaba a punto de dejar el whisky sobre la mesilla cuando Jake salió del baño.

-Ah, gracias.

Ella tragó saliva. Con el pelo mojado y aquellos soberbios músculos, cubierto apenas por una diminuta toalla, seguía siendo el hombre más atractivo que había visto en toda su vida.

-De nada.

-Me hacía falta, la verdad.

-Un placer.

Desde aquella mañana, algo había cambiado entre ellos. Jake había cambiado. Y, de repente, la tensión sexual era palpable. Una tensión que había muerto cuando llegaron a Génova... pero Charlie apartó la mirada.

Jake también se dio cuenta y sonrió, satisfecho al saber que no era tan inmune como intentaba hacerle creer. Y, aunque era un pensamiento machista, se alegraba de que la vida sexual de Charlie se limitara a su experiencia con él. Porque estaba dispuesto a que siguiera siendo así. Con ese pensamiento en mente, Jake rompió la promesa que se había hecho a sí mismo y sonrió, insinuante.

-Y será un placer para ti también cuando volvamos, cara.

Charlie se puso colorada y salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

De vuelta en el salón, miró el bar con angustia.

Nunca en su vida había necesitado tanto una copa. Pero no podía beber porque estaba embarazada.

Entonces dejó escapar un suspiro. Tenía que controlarse. Una sonrisa de su marido y estaba a punto de convertirse en la tonta que había caído a sus pies, sin saber que podía ser un hombre cruel y sin corazón. Eso no era lo que quería. No, lo que deseaba era una relación de igual a igual, una relación en la que hubiera respeto mutuo y confianza.

-Has salido corriendo antes de que pudiera darte esto -la voz de Jake hizo que se volviera.

Jake, con esmoquin. Jake, más guapo que nunca.

«¿Dónde está tu orgullo, chica?», se preguntó, con el corazón acelerado.

-A ese vestido le falta algo -dijo él, sacando un collar del bolsillo.

-No hace falta...

-Tranquila, cara. Déjame porque a mí sí me hace falta -murmuró Jake, colgando un magnífico zafiro rodeado de diamantes alrededor de su cuello.

Y luego una pulsera a juego.

-No quiero...

-Sí quieres -la interrumpió él-. Pero no quieres admitirlo -rió Jake. Y antes de que pudiera evitarlo, le puso un zafiro en el dedo, al lado de la alianza-. Así está mejor. Así todo el mundo sabrá que eres mi adorada esposa. Vamos, tenemos que irnos o los invitados pensarán que los hemos abandonado.

Charlie intentó quitarse la pulsera.

-Ni lo sueñes -dijo Jake.

-Si crees que puedes comprarme, te equivocas. No estoy en venta.

-Eso ya lo sé -suspiró él.

-¿A qué invitados te refieres? Pensé que íbamos a cenar.

-Y eso vamos a hacer. Pero quiero presentarte a unos amigos.

Mientras iban en la limusina, Jake le explicó que aquella cena era una especie de banquete de bodas para los amigos y socios que no habían podido acudir a la ceremonia en Inglaterra.

La idea de conocer a sus amigos en ese momento le resultaba más bien poco atractiva. Pero no podía hacer nada. Como no podía hacer nada para apartarse de Jake en el interior del coche. Estaban demasiado cerca, podía respirar el olor de su colonia, que le resultaba tan familiar, tan erótica...

Charlie dejó escapar un suspiro de alivio cuando la limusina se detuvo, pero el alivio duró poco porque Jake la tomó del brazo para subir los impresionantes escalones de piedra de una elegante casa que pertenecía a otra era.

Eran casi las ocho cuando entraron en el salón y se quedó atónita cuando la orquesta empezó a tocar... la Marcha Nupcial, que fue recibida con aplausos por parte de los congregados.

Colorada hasta la raíz del pelo, agradeció el apoyo del brazo de Jake mientras le presentaba a una pareja mayor, los Lasio, sus padres adoptivos. Lo primero que llamó su atención fue la tristeza que había en sus ojos. Y cuando le desearon felicidad, se sintió culpable. Aunque no era culpa suya lo que había pasado con Anna.

-No te preocupes. No saben quién eres -dijo Jake, como si hubiera

leído sus pensamientos.

Durante media hora estuvo presentándole gente cuyos nombres apenas era capaz de recordar... debía de haber más de cien personas.

Paulo Bruno, el hijo del ginecólogo, y su mujer. Stephanie, le dieron la enhorabuena por su embarazo y Charlie miró a Jake, sorprendida.

-Esto es Italia, querida. Tener un hijo es algo que siempre se celebra, no algo que haya que esconder.

-Tampoco yo lo escondo -replicó ella-. Perdona, tengo que ir al baño.

-Te acompaño -se ofreció Stephanie-. Cuando yo estaba en estado, me pasaba el día yendo al baño. Qué horror.

Después de refrescarse un poco, Charlie intentó sonreír.

-Bueno, supongo que debemos volver al salón.

-Si no lo hacemos, Jake vendrá a buscarte. Nunca lo había visto enamorado y es increíble lo tonto que está -rió Stephanie-. Me alegro mucho por los dos, de verdad. Especialmente por el niño. Jake será un padre estupendo. Y no te creas ni la mitad de las historias que te cuenten sobre él. No ha tenido tantas aventuras. Tampoco es que haya sido un santo, pero Jake es... en fin, es un hombre un poco anticuado en muchos aspectos. Así que no tienes que preocuparte. Será un marido maravilloso.

Si había intentado animarla, la información sobre las mujeres que había habido en la vida de Jake tuvo el efecto contrario. Y su determinación de darle una oportunidad se tambaleó.

-Carlotta, creía que te habías perdido. Ven, están a punto de servir la cena -como había supuesto, Jake estaba esperando en la puerta.

Todas las mujeres iban vestidas de diseño y Charlie agradeció que Sophia la hubiese ayudado a elegir el vestido. Y todas iban enjoyadísimas. Y no sólo las mujeres, algunos hombres también. El signor Dotello, por ejemplo, que llevaba un diamante en la oreja del tamaño de un huevo. Eso, y un crucifijo de oro y brillantes que debía de pesar una tonelada.

-Qué sobredosis de oro -murmuró, irónica.

-Dotello es marchante de joyas -le explicó Jake.

-Ah, ahora lo entiendo. Pues parece que las lleva todas puestas... y la mitad del torso.

-Y tú no deberías haberte fijado -dijo él, mientras la llevaba hacia la mesa.

Los padres adoptivos de Jake se sentaron con ellos, junto con Sophia y su marido, Gianni, Paulo y su esposa Stephanie, que le sonreía como si fueran viejas amigas.

La comida fue soberbia y el champán y la conversación fluyeron durante toda la cena... los únicos que estuvieron callados fueron Diego y su novia del momento, una modelo rusa llamada Lenka, que no hablaba más que ruso.

-Lenka es su tipo -bromeó Jake-. A Diego le gustan las mujeres guapas y mudas.

-¿Y a ti no? -preguntó Charlie, recordando a Melissa.

-He salido con algunas, lo admito. Pero prefiero a las rubias inglesas de preciosos ojos azules que no se callan ni debajo del agua.

Ella tuvo que contener una carcajada.

-Chicos, chicos, os toca abrir el baile -dijo Diego, cuando la orquesta empezó a tocar un vals.

-¿Vamos? -sonrió Jake, tomando su mano.

Con todos sus amigos mirando, Charlie no podía decir que no.

-¿Te das cuenta de que no hemos bailado nunca juntos? »

-No, es verdad.

-¿Crees que podremos hacerlo?

-Seguro -contestó Jake-. Una mujer que se mueve como tú en la cama tiene que moverse bien en la pista de baile.

Y tenía razón.

Capítulo 11

BAILARON. Jake tenía una mano en su cintura y se movían con gracia por la pista de baile mientras los invitados aplaudían. Afortunadamente, poco después el resto de las parejas se unió a ellos.

-Gracias a Dios. No me gusta nada ser el centro de atención -dijo Charlie.

-Yo le doy gracias a Dios por ti.

Ella tuvo que bajar la mirada. No sabía cómo responder. Aquel cumplido era tan raro en Jake... pero había algo tan convincente en su tono que no pudo evitarlo. Levantó la mirada y sus ojos se encontraron. Y el deseo hizo que su pulso se acelerase, como antes, como en Londres.

Siguieron bailando sin hablar, con Jake apretando su cintura y la cabeza de Charlie apoyada en su hombro. Estaban en otro mundo, en un mundo que era sólo suyo y que ni ellos entendían.

-¿Cuánto tiempo tenemos que esperar antes de irnos de nuestra propia fiesta? -le preguntó Jake en voz baja.

Ella sonrió. Una sonrisa insinuante, sensual.

-Ya está. Nos vamos ahora mismo.

-No podemos, los invitados se llevaran una desilusión -protestó Charlie.

-No necesariamente. Sígueme.

Cinco minutos después, Jake había hablado con sus padres adoptivos y algún que otro invitado y estaban de vuelta en la limusina.

-¿Qué les has dicho?

-Que te habías mareado y tenías ganas de acostarte.

-¿Qué? -exclamó Charlie.

-Tenía que encontrar alguna excusa. Además es verdad, pero soy yo el que tiene ganas de acostarse. Desesperadamente... contigo.

Charlie cerró los ojos. De repente, se sentía mareada. Mareada por un millón de sensaciones, mareada de amor. Lo deseaba tanto...

Y Jake lo sabía. La estrechó entre sus brazos y empezó a besarla, a acariciar su pecho por encima del vestido. Y ella tembló, el deseo recorriendo su cuerpo como un río de fuego. Lo deseaba tanto, se moría por él...

-Dio! ¿Qué pasa contigo y los coches? -exclamó Jake-. Ya hemos llegado, cara.

En unos minutos estaban desnudos, en la cama, aunque Charlie no sabía cómo habían llegado allí. Jake acariciaba su pelo que, de alguna forma, estaba suelto, aunque tampoco recordaba haberse quitado el moño. Todo estaba pasando como en un sueño.

Pero el cuerpo de Jake no era un sueño, era muy real, y lo acarició como lo había acariciado tantas veces, con deseo, con ardor.

Jake se inclinó para besar su abdomen, murmurando palabras cariñosas para su hijo, antes de seguir adelante, mordisqueándola y besándola hasta que no pudo más.

Cuando se echó hacia atrás, Charlie miró, fascinada, su erección, la potente arma entres sus muslos, palpitando de deseo. Un segundo después, se había perdido dentro de ella, centímetro a centímetro, electrizándola hasta que todo su cuerpo gritaba pidiendo liberación.

Jake empujó despacio al principio y después cada vez con más fuerza, hasta el fondo. Repetía el movimiento una y otra vez, buscando sus pechos con la boca. Charlie le clavaba las uñas en la espalda, sin saber siquiera que lo estaba haciendo, mordiéndolo, voluptuosa y abandonada.

Él dejó escapar un gemido ronco y aumentó el ritmo hasta que, con una embestida final que pareció llegar hasta su útero, cayó sobre ella, temblando de la cabeza a los pies.

-Dio... te necesito tanto, amore mio.

La necesitaba. Eso era como música en sus oídos. Aquella vez Charlie no puso objeciones cuando la llamó «amor mío». Después de aquello, incluso podía creerlo.

Pero se llevó una desilusión cuando, unos minutos después, la expresión de Jake se volvió de nuevo fría.

-No deberíamos haberlo hecho.

-¿Irnos de la fiesta quieres decir?

-No, no es eso.

-¿A qué te refieres entonces? -preguntó Charlie, asustada. No podría soportarlo de nuevo, no podría soportar un rechazo.

-A que podríamos haberle hecho daño al niño.

Ella dejó escapar un suspiro de alivio.

-No vamos a hacerle daño. Los niños son muy duros.

-¿Y cómo lo sabes, has tenido alguno?

-No. Y tú tampoco.

-Yo... pero una vez estuve a punto.

Charlie se quedó paralizada.

-¿Qué?

-Entonces era muy joven y mi novia, mi prometida, me dijo que estaba embarazada. Naturalmente, yo estaba dispuesto a casarme con ella. Le compré el-anillo de compromiso y le di el dinero que me pidió para la boda, pero cuando supo que yo había invertido todo mi dinero en la empresa y no era tan rico como ella pensaba, se gastó el dinero en un aborto y desapareció.

-Qué horror -murmuró Charlie.

-Lo realmente horrible fue saber que yo había pagado por ese aborto.

-Pero no fue así, Jake. Tú no sabías nada...

-Todo somos responsables de nuestras acciones, Charlotte y del efecto que ejercen sobre la gente que nos rodea. Ella era mi novia, mi prometida... por eso no he vuelto a confiar en una mujer.

-Pero no todas las mujeres son como ella, Jake. Y no se puede vivir sin confiar en los demás.

-Por ahora no me ha ido mal -replicó él-. Pero olvida lo que he dicho. Tienes la capacidad de hacerme revelar más de lo que quiero revelar... más de lo que es bueno para los dos.

-¿Cómo puedes decir eso? Es esa desconfianza lo que te hizo pensar que yo te estaba engañando, que sólo quería tu dinero. Por eso te casaste conmigo, ¿no? Habías perdido un niño y querías estar seguro de que no perderías otro.

-Charlotte, ¿qué más da el porqué? El caso es que estamos casados y que te protegeré...

-Como te proteges a ti mismo, apartando a todo aquél que quiera acercarse. Así no se puede vivir.

Jake se levantó abruptamente.

-Estoy demasiado cansado para discutir. Tengo que irme a Japón por la mañana y necesito dormir un rato. Me voy a la otra habitación.

Charlie dejó caer la cabeza sobre la almohada. Era mucho más difícil llegar a él de lo que había creído. ¿Cuántas veces iba a dejar que la usara para recibir después un jarro de agua fría? Ella se merecía mucho más que eso.

Conocer las razones por las que Jake D'Amato desconfiaba de los demás no la había ayudado en absoluto. Porque Jake era perfectamente feliz siendo como era.

No estaba preparado para escuchar y no lo estaría nunca.

Jake llevaba cinco días fuera. La llamaba todos los días, pero las conversaciones eran cortas e incómodas y el día anterior Charlie le había colgado el teléfono. No tenía paciencia para hacer el papel de esposa amable. Había llegado al límite. Ya todo le daba igual.

Sentía como si viviera en medio de una niebla, donde no había líneas claras que seguir, ninguna certeza, excepto el niño que llevaba dentro.

Siempre había sido una persona de acción y ahora era incapaz de tomar decisiones. No le gustaba la mujer en la que se había convertido.

Suspirando, paseó por la finca, preguntándose dónde estaba todo el mundo... Entonces oyó voces, gritos... Charlie salió corriendo y vio a Marta en la entrada de la gruta de Aldo, llorando amargamente. A su lado estaban Tomás y Marco.

-¿Qué pasa, qué ocurre?

Entonces lo oyó. Era Aldo, llorando. A unos metros de la gruta había una fisura en la roca. El niño había debido de subirse para jugar... Sí, allí estaba su cometa, ésa debió de ser la razón. Había llegado hasta allí, pero no era capaz de bajar y había más de veinte metros hasta el suelo. El pobre niño se agarraba a un saliente de la roca, llorando. Tomás intentaba subir a toda costa, pero la fisura era demasiado estrecha para él. Charlie no dudó ni un segundo y le explicó a Marco lo que iba a hacer.

El hombre le dijo que estaban esperando a los bomberos, pero ella sabía que no podían esperar.

-Tranquilos, soy una escaladora experta.

Un segundo después, empezó a subir por la pared de roca. No tenía duda de que pudiera subir, pero no sabía si sería capaz de bajar al niño. Ella era más ancha que Aldo y se raspaba las piernas contra la pared, pero no lo pensó siquiera. Cuanto más subía, más ancha se hacía la fisura... más difícil era encontrar un sitio donde agarrarse. Su frente se cubrió de sudor. Tenía que bajar de allí al niño como fuera.

Se detuvo un momento para tomar aliento y pensó en su hijo, rezando para que no le pasara nada. Por fin, naciendo un último esfuerzo, llegó hasta Aldo...

-Tranquilo, tranquilo, ya estoy aquí. No te muevas.

Entonces oyó el sonido de las sirenas en la distancia. Debían de ser los bomberos.

-Charlie... -murmuró el niño, con los ojos llenos de lágrimas.

-No te muevas, no pasa nada. Estoy aquí.

Usando el entrenamiento de tantos años, Charlie apoyó los pies a ambos lados del niño para sujetarlo con su cuerpo. Pero ahora llegaba la parte más difícil. Podía quedarse allí, esperando a los bomberos... pero ¿y si el niño se asustaba y soltaba el saliente al que estaba agarrado? La alternativa era colocarse debajo y empujarlo con los hombros para sentarlo en el saliente.

Le habló despacio, diciéndole que debía ser valiente, que se quedara donde estaba e hiciese todo lo que ella dijera.

Jake iba lanzando palabrotas mientras atravesaba la puerta de hierro a toda velocidad. ¿Para qué pagaba a un equipo de seguridad si dejaban las malditas puertas abiertas?

Alguien iba a recibir una seria reprimenda, pensó, mientras detenía el Ferrari frente a la casa.

No sabía que hacía en Italia porque tenía reuniones urgentes en Japón, pero desde que Charlotte le colgó el teléfono tuvo la necesidad irracional de volver a verla.

Charlotte, su Charlotte.

¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Él, presidente de una empresa internacional, famoso por su inteligencia y su habilidad para tomar decisiones, no era capaz de conservar a su mujer... con la que acababa de casarse.

Cuando entró en la cocina y vio que la puerta de atrás estaba abierta, salió a ver qué pasaba.

-¿Que haces aquí, Marco? -le preguntó. Pero se quedó inmóvil cuando el hombre señaló hacia el acantilado-. ¿Qué pasa?

Como a cámara lenta, Jake levantó la mirada y su corazón se detuvo una décima de segundo al ver a Charlotte suspendida a veinte metros del suelo, al borde del acantilado.

Corrió hacia allí, intentó subir a buscarla, pero Tomás y Marco lo detuvieron. Era demasiado tarde, la signora estaba casi arriba y debía permanecer en silencio.

-No, Dio, no -murmuró, con el corazón encogido.

No oyó las sirenas, estaba ciego y sordo para todo excepto para Charlotte. Por primera vez en su vida adulta, se sentía completamente inútil. Ni su fuerza ni su dinero podían hacer nada en aquel momento.

Vio a su mujer inclinándose, intentando colocarse debajo del niño para empujarlo con los hombros... sentía su angustia, el miedo que debía de estar pasando.

Entonces vio que los bomberos estaban preparando su equipo y empezó a gritar, censurándolos por llegar tan tarde... sin dejar de mirar hacia arriba, hacia su mujer.

Cuando montaron la plataforma de la grúa, Jake insistió en subir.

-No, señor D'Amato. Sólo puede subir un bombero experimentado...

Jake no quiso escuchar y se lanzó directo hacia la grúa. Los propios bomberos tuvieron que detenerlo.

Aterrado, observó la plataforma elevándose hacia Charlotte y el niño...

Charlotte se colocó a Aldo sobre los hombros, sudando.

-No te muevas, cariño.

-Pero quiero mi cometa -protestó el niño.

Charlie tuvo que sonreír. La maldita cometa. En ese momento, la

plataforma de la grúa llegó a su lado.

-Coloque a Aldo primero -le indicó al bombero, como había hecho tantas veces durante las operaciones de rescate en las que había intervenido. Luego, con el niño a salvo, alargó un brazo y subió a la plataforma.

Bajaron en unos segundos y cuando llegaron al suelo todos empezaron a aplaudir.

-Brava, Carlotta, brava!

Al primero que vio fue a Jake y pensó que estaba alucinando.

-¡Jake! ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas en Japón.

El la abrazó, la aplastó entre sus brazos como un desesperado. Charlotte estaba sonriendo como si volviera de dar un paseo por el parque. ¿Con qué clase de mujer se había casado?, se preguntó, intentando contener las lágrimas.

-Charlotte, cállate.

-Me haces daño... me he raspado la espalda y...

-¿Te has raspado la espalda? Por Dios bendito, tienes suerte de no haberte roto el cuello. ¡Estás embaraza, Charlotte! ¿Quieres matarte o algo así?

-O algo así -contestó ella, irónica-. Lo he hecho por pura compasión humana, algo que tú no conoces.

Jake no podía haber dejado más claro que lo único que le importaba era el niño. Y no podía soportarlo más.

Él la soltó como si se hubiera quemado. Su apasionada y magnífica Charlotte lo miraba con desprecio... y se lo merecía. Le había gritado como un loco cuando debería haberla consolado, cuando debería haberle dicho que la quería.

Por fin, reconoció lo que, con su arrogancia, siempre había intentado negar: amaba a Charlotte. Abrió la boca para decírselo, pero el caos que los rodeaba no se lo permitió.

Marta tomó a su hijo en brazos, llorando como una Magdalena y regañándolo al mismo tiempo. Luego tomó la mano de Charlie y la besó una y otra vez.

Ella murmuró algo, avergonzada. Recibía felicitaciones por todas partes... menos por parte de Jake, claro.

Toda esa gente, el ruido, estaba mareándola. Un flash la cegó y se cubrió la cara con las manos. Jake le arrebató la cámara al fotógrafo diciendo algo en italiano...

A Charlie se le doblaron las piernas y, por primera vez en su vida, se desmayó.

Capítulo 12

CHARLIE abrió los ojos poco a poco y se dio cuenta de que estaba en su cama. Jake estaba a su lado, con expresión preocupada, los ojos brillantes como carbones encendidos.

-Por fin, gracias a Dios. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo?

-Por favor... estoy bien.

Y era cierto.

La niebla había desaparecido de su cerebro. Subir por aquella roca para salvar a Aldo, haciendo lo que ella sabía hacer, le había devuelto la fuerza, la confianza en sí misma.

No necesitaba la preocupación de Jake, no lo necesitaba a él.

-¿Cómo está Aldo?

-Bien. Pero si fuera por mí estaría castigado en su habitación de por vida. Quien me preocupa eres tú.

-No tienes por qué. Estoy perfectamente.

-No estás...

-¿Qué haces aquí, Jake?

-Supongo que cuidar de ti porque decidiste escalar una pared para rescatar a un mocoso -intentó sonreír él- Qué susto me has dado. Pensé que ibas a caerte al suelo...

-Ya te gustaría.

-No estoy hablando en broma, Charlotte. Eres mi mujer, vas a tener un hijo mío y podríais haber muerto los dos.

En ese momento aparecieron Marta y el doctor Bruno. Charlie agradeció la interrupción. No quería hablar con Jake, no quería seguir discutiendo con él porque sus discusiones no llevaban a ningún sitio. O, más bien, siempre llevaban al mismo sitio.

Después de examinarla y anunciar que estaba perfectamente, el doctor Bruno le contó que había salido en televisión.

-¿Cómo?

-La policía lleva videocámaras en los coches patrulla -rió el ginecólogo-. Eres una heroína.

-Por favor...

-De hecho, dentro de nada la casa estará rodeada de paparazzis. Pero lo importante es que tú estás bien, que Aldo está bien y que tu niño también está bien.

-¿Seguro? -preguntó Jake, ansioso-. ¿No deberíamos llevarla al hospital?

-No, se encuentra perfectamente. Es una mujer muy fuerte.

-Y tengo hambre.

-¿Lo ves? Cuando un paciente tiene hambre, es que no tiene nada grave -rió el doctor Bruno-. Y tú quédate con ella, Jake. Yo no

entiendo a los jóvenes de hoy en día. En mi época, un joven marido jamás habría dejado sola a su mujer.

Jake asintió. Tenía razón. No había sabido cuidar de ella. Y pensar que podría haberla perdido...

Era asombroso que Charlotte le siguiera dirigiendo la palabra, pensó entonces. Y en cuanto a amarlo, a aquel amor que ella le había ofrecido tan generosamente... ya no había ninguna oportunidad.

Bañada, peinada, con las magulladuras curadas y en la cama, Charlie había cenado una deliciosa lasaña y un pastel de chocolate. Repleta y agotada, se negó a tomar el queso que Marta le ofrecía.

-No, no puedo más. Por favor. Sólo quiero dormir.

Tardó un rato en convencerla, pero al fin Marta la dejó sola y pudo cerrar los ojos. Estaba quedándose dormida cuando oyó que se abría la puerta.

Era Jake. Y tenía un aspecto horrible. Iba despeinado, como si se hubiera pasado las manos por el pelo un millón de veces.

-¿Qué quieres? Estoy intentando dormir.

-Venía a ver cómo estabas.

-Bien. ¿Tú no deberías estar en Japón?

-Sí, pero mi mujer me colgó el teléfono y, aunque no te lo creas, estaba preocupado -suspiró Jake, apretando su mano. Charlie intentó zafarse, pero él no la dejó-. No, por favor, escúchame.

-No tienes que decirme nada. Lo sé. Nuestro matrimonio ha sido un error. Tú sólo quieres al niño, no a mí. No te molestes en negarlo.

-Yo nunca...

-Déjame terminar. Pensé que podría soportar un matrimonio sin amor, pero he decidido que quiero volver a Inglaterra.

-Charlotte, yo...

-No te preocupes, Jake. No te privaré de tu hijo, yo no soy así. Los dos somos personas adultas y estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo amistoso. Miles de matrimonios fracasados lo hacen.

-¿Un acuerdo amistoso? ¡Yo no quiero un acuerdo amistoso! Yo te quiero a ti...

-No me quieres...

-¡Lo que intento decir es que te amo, Charlotte!

-¿Ah, sí?

-Te quiero, Charlotte. Creo que te quiero desde el día que te conocí, pero... me decía a mí mismo que no creía en el amor, que no existía.

-Ah, qué curioso. Y lo descubres ahora, cuando acabo de decirte que vuelvo a casa.

-No, no es verdad. He intentado convencerme a mí mismo de que tú eras como el resto de las mujeres que conocía, pero en mi corazón sabía que no era así. Y cuando me colgaste el teléfono... tuve que volver, Charlotte. Pero ni entonces estaba dispuesto a admitir que te amaba. Cuando entré en la casa y no te vi pensé que te habías ido, que te habían secuestrado, yo qué sé... Sólo cuando te vi en esa grieta, al borde del acantilado...

-Pues no me habían secuestrado. Piensa en todo el dinero que te has ahorrado, Jake.

Él soltó su mano entonces.

-¿Eso es lo que piensas de mí? Muy bien, entonces no hay nada más que decir.

Charlie lo vio todo rojo. Estaba haciéndolo otra vez, apartándose, alejándose de ella.

-¡Sí hay cosas que decir! -gritó, exasperada-. ¡Tú pensaste cosas horribles de mí! ¿Te acuerdas? Pensabas que era una egoísta, una niña mimada, una materialista sin corazón.

-Yo no he dicho...

-¿Cómo que no? Mira, Jake, me da igual el dinero que tengas o los problemas que hayas tenido en la vida. Todos hemos tenido problemas, todos hemos sufrido, a todos nos han roto el corazón alguna vez. Pero tú no quieres escuchar, no estás dispuesto a hacerlo. Yo nunca conocí a las amantes de mi padre... bueno, sí, a una, Jess, hace muchos años. Por eso mi padre no quiso que conociera a ninguna más. No sé qué te contó Anna, pero yo no tuve nada que ver con que se fuera de su casa. Nada en absoluto. De hecho, ¿sabes una cosa? Tú eres igual mi padre. Obsesionado por proteger a tu hermana como mi padre quiso protegerme a mí... y serías igual con tu hijo, de modo que me voy. No eres nada más que un obseso del trabajo, del dinero, un megalómano que no confía en nadie. Y te odio.

Charlie se dejó caer sobre la almohada, agotada. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no quería llorar delante de él.

Jake se quedó mirándola, estupefacto. No podía negar que la había creído egoísta, que salió con ella por motivos menos que honorables. Charlotte tenía razón, era todo lo que había dicho. Y no la merecía.

-¿Sigues ahí?

-No pienso irme a ningún sitio -contestó él.

-Pues yo sí.

-No, no vas a irte, Charlotte. Soy todo lo que has dicho, pero te quiero. Esto no se me da bien porque... porque no lo he hecho nunca, pero no puedo verte así. No puedo verte sufrir, no puedo verte llorar...

-¡No estoy llorando!

-No puedo perderte, no puedo imaginar la vida sin ti. Te quiero tanto... no puedo dejarte ir. Yo... ninguna mujer me había hecho tanto daño como tú. Ninguna mujer me había hecho tan feliz como tú.

-¿Yo te he hecho daño?

-Te lo aseguro. En nuestra noche de bodas, cuando hablaste de Anna... cuando vi la duda, la falta de confianza en tus ojos, me puse furioso, por eso te traté así.

-Dijiste que te habías casado conmigo sólo por el niño.

-No era verdad. Me casé contigo porque te necesito. Porque te voy necesitar siempre -suspiró

Jake, dejándose caer sobre la cama-. El niño es maravilloso, pero eres tú a quien quiero... más que a nada en el mundo. Y no he sabido cuidar de ti, no he sabido protegerte... Yo, que me creo tan importante, no he sabido cuidar de mi Charlotte.

Ver a su arrogante marido tan humilde dejó a Charlie boquiabierta. Parecía sincero, parecía decirlo de corazón.

-Dame otra oportunidad, amore mío. Te quiero tanto. Por favor, quédate. Dime que me quieres, deja que intente convencerte de que merezco tu amor.

-Jake... Tengo que saber una cosa -dijo Charlie entonces-. La noche de la fiesta, cuando hicimos el amor... después me dejaste sola, no querías ni hablar conmigo. Y fue como una bofetada.

-Ah, Carlotta. Eso es culpa del doctor Bruno. .

-¿Qué?

-El me dijo que los primeros meses eran los más importantes, el momento en el que el feto podía sufrir o incluso malograrse. Por eso tuve miedo. Temía haberle hecho daño al niño, pero no pude contenerme. Te deseaba tanto, llevaba tantas noches soñando con tenerte en mis brazos...

-Jake, por favor, ésa es una idea arcaica. Todo el mundo lo sabe. Las parejas pueden hacer el amor sin ningún problema aunque la mujer esté embarazada de nueve meses.

-Pero yo no lo sabía -protestó él-. Cada noche me sentaba en mi estudio y miraba los vídeos de seguridad...

-¿Qué?

-Los vídeos de la finca. Me pasaba horas viéndote jugar con Aldo. Luego, cuando te quedabas dormida, entraba en la habitación sin hacer ruido y te miraba...

-Jake, ¿lo dices de verdad?

-Te lo juro.

Esa confesión hizo que a Charlie se le pusiera el corazón en la garganta. Y cuando lo miró a los ojos, vio en ellos todo el amor que

había soñado ver algún día.

-Jake, abrázame. Tengo que creerte porque te quiero, porque te he querido desde que te vi en la galería.

Él cerró los ojos, suspirando, buscando su boca como un hombre hambriento.

-Por fin... Charlotte, Charlotte. Eres mía, mía para toda la eternidad.

Se besaron durante largo rato, acariciándose, diciéndose palabras tiernas al oído.

Cuando pensó en lo cerca que había estado de dejarlo, de tirarlo todo por la borda...

-Perdóname, Charlotte. Perdona que haya sido tan arrogante, perdona mis palabras, mi actitud estúpida... Te juro que pasaré el resto de mi vida intentando compensarte. Amándote con toda mi alma.

Epílogo

NUEVE meses después, Charlie asomó la cabeza en el porche de la villa. Habían llegado a la isla caribeña la noche anterior y se alojaban en casa de un amigo de Jake. Privacidad absoluta. La playa toda para ellos.

Jake estaba en la terraza, sobre una tumbona, con los ojos cerrados, completamente relajado y feliz, moviendo con una mano la cuna de su hija, Samantha. Era la niña de sus ojos, estaba loco por ella.

El hombre que había sido un cínico con las mujeres se había vuelto devoto de aquel querubín de ojos castaños.

-¿Qué te parece? -preguntó Charlie, apareciendo en la terraza con una falda de hojas de palma y una guirnalda de flores en el pecho.

Jake soltó una carcajada.

-No me lo puedo creer. Estás más guapa de lo que nunca me hubiera podido imaginar -dijo, sentándola sobre sus rodillas-. Siempre eres más de lo que me puedo imaginar. Como mi amor por ti y la preciosa hija que me has dado.

-De un día en los jardines Kew a un auténtico paraíso -rió Charlie-. Nunca pensé que lo conseguiríamos, si quieres que te diga la verdad. Pero lo hemos conseguido. Los tres -murmuró, con los ojos brillantes de amor.